

**Lope de Vega**

# **El perro del hortelano**

**Colección Averroes**

**Colección Averroes**  
**Consejería de Educación y Ciencia**  
**Junta de Andalucía**

## ÍNDICE

Acto primero .....	5
Acto segundo.....	49
Acto tercero.....	95



## Acto primero

*Salen TEODORO con una capa guarnecida de noche y  
TRISTÁN, criado; vienen huyendo.*

TEODORO. Huye, Tristán, por aquí.

TRISTÁN. Notable desdicha ha sido.

TEODORO. ¿Si nos habrá conocido?

TRISTÁN. No sé; presumo que sí.

*Váyanse y entre tras ellos DIANA, condesa de Belflor*

DIANA. ¡Ah, gentilhombre, esperad!  
¡Teneos, oíd! ¿Qué digo?  
¿Esto se ha de usar conmigo?  
¡Volved, mirad, escuchad!  
¡Hola! ¿No hay aquí un criado?  
¡Hola! ¿No hay un hombre aquí?  
Pues no es hombre lo que vi,  
ni sueño que me ha burlado.  
¡Hola! ¿Todos duermen ya?

*Sale FABIO, criado.*

FABIO. ¿Llama vuestra señoría?

DIANA. Para la cólera mía,  
gusto esa flema me da.  
Corred, necio, enhoramala,

pues merecéis este nombre,  
y mirad quién es un hombre  
que salió de aquesta sala.

FABIO.                   ¿Desta sala?

DIANA.                   Caminad,  
y responded con los pies.

FABIO.                   Voy tras él.

DIANA.                   Sabed quién es.  
¡Hay tal traición, tal maldad!

*Sale OTAVIO.*

OTAVIO.                Aunque su voz escuchaba,  
a tal hora no creía  
que era vuestra señoría  
quien tan aprisa llamaba.

DIANA.                ¡Muy lindo Santelmo hacéis!  
¡Bien temprano os acostáis!  
¡Con la flema que llegáis!  
¡Qué despacio que os movéis!  
Andan hombres en mi casa  
a tal hora, y aun los siento  
casi en mi propio aposento,  
(que no sé yo dónde pasa  
tan grande insolencia, Otavio,)  
y vos, muy a lo escudero,  
cuando yo me desespero,  
¿así remediáis mi agravio?

OTAVIO.                Aunque su voz escuchaba,  
a tal hora no creía

que era vuestra señoría  
quien tan aprisa llamaba.

DIANA. Volveos, que no soy yo;  
acostaos, que os hará mal.

OTAVIO. Señora...

*Sale FABIO.*

FABIO. No he visto tal.  
Como un gavián partió.

DIANA. ¿Viste las señas?

FABIO. ¿Qué señas?

DIANA. ¿Una capa no llevaba  
con oro?

FABIO. ¿Cuando bajaba  
la escalera...?

DIANA. ¡Hermosas dueñas  
sois los hombres de mi casa!

FABIO. A la lámpara tiró  
el sombrero, y la mató.  
Con esto los pasos pasa,  
y en lo oscuro del portal  
saca la espada y camina.

DIANA. Vos sois muy lindo gallina.

FABIO. ¿Qué querías?

DIANA. ¡Pesía tal!  
Cerrar con él y matalle.

## Lope de Vega

---

- OTAVIO. Si era hombre de valor,  
¿fuera bien echar tu honor  
desde el portal a la calle?
- DIANA. ¿De valor aquí? ¿Por qué?
- OTAVIO. ¿Nadie en Nápoles te quiere  
que, mientras casarse espere,  
por donde puede te ve?  
¿No hay mil señores que están,  
para casarse contigo,  
ciegos de amor? Pues bien digo,  
si tú le viste galán,  
y Fabio tirar bajando  
a la lámpara el sombrero.
- DIANA. Sin duda fue caballero  
que, amando y solicitando,  
vencerá con interés  
mis criados; qué criados  
tengo, Otavio, tan honrados,  
pero yo sabré quién es.  
Plumas llevaba el sombrero,  
y en la escalera ha de estar.  
Ve por él.
- FABIO. ¿Si le he de hallar?
- DIANA. Pues claro está, majadero;  
que no había de bajarse  
por él cuando huyendo fue.
- FABIO. Luz, señora, llevaré.
- DIANA. Si ello viene a averiguarse,  
no me ha de quedar culpado  
en casa.



OTAVIO.                               Muy bien harás,  
pues cuando segura estás  
te han puesto en este cuidado;  
pero aunque es bachillería,  
y más estando enojada,  
hablarte en lo que te enfada,  
esta tu injusta porfía  
de no te querer casar  
causa tantos desatinos,  
solicitando caminos  
que te obligasen a amar.

DIANA.                               ¿Sabéis vos alguna cosa?

OTAVIO.                               Yo, señora, no sé más  
de que en opinión estás  
de incasable cuanto hermosa.  
El condado de Belflor  
pone a muchos en cuidado.

*Sale FABIO.*

FABIO.                               Con el sombrero he topado,  
mas no puede ser peor.

DIANA.                               Muestra. ¿Qué es esto?

FABIO.   No sé.  
Éste aquel galán tiró.

DIANA.                               ¿Éste?

OTAVIO.                               No le he visto yo  
más sucio.

FABIO.   Pues éste fue.

DIANA.                               ¿Éste hallaste?

## Lope de Vega

---

- FABIO.                                  Pues ¿yo había  
de engañarte?
- OTAVIO.                                 ¡Buenas son  
las plumas!
- FABIO.                                  Él es ladrón.
- OTAVIO.                                 Sin duda a robar venía.
- DIANA.                                  Haréisme perder el seso.
- FABIO.                                  Este sombrero tiró.
- DIANA.                                 Pues las plumas que vi yo,  
y tantas que aun era exceso,  
¿en esto se resolvieron?
- FABIO.                                 Como en la lámpara dio,  
sin duda se las quemó  
y como estopas ardieron.  
¿Ícaro al sol no subía,  
que, abrasándose las plumas,  
cayó en las blancas espumas  
del mar? Pues esto sería.  
El sol la lámpara fue,  
Ícaro el sombrero, y luego  
las plumas deshizo el fuego,  
y en la escalera le hallé.
- DIANA.                                 No estoy para burlas, Fabio.  
Hay aquí mucho que hacer.
- OTAVIO.                                 Tiempo habrá para saber  
la verdad.
- DIANA.                                 ¿Qué tiempo, Otavio?
- OTAVIO.                                 Duerme agora, que mañana  
lo puedes averiguar.

- DIANA. No me tengo de acostar,  
no, por vida de Diana,  
hasta saber lo que ha sido.  
Llama esas mujeres todas.
- OTAVIO. Muy bien la noche acomodas.
- DIANA. Del sueño, Otavio, me olvido  
con el cuidado de ver  
un hombre dentro en mi casa.
- OTAVIO. Saber después lo que pasa  
fuera discreción, y hacer  
secreta averiguación.
- DIANA. Sois, Otavio, muy discreto,  
que dormir sobre un secreto  
es notable discreción.

*Sale FABIO, DOROTEA, MARCELA, ANARDA.*

- FABIO. Las que importan he traído,  
que las demás no sabrán  
lo que deseas y están  
rindiendo al sueño el sentido.  
Las de tu cámara solas  
estaban por acostar.
- ANARDA. De noche se altera el mar  
y se enfurecen las olas.
- FABIO. ¿Quieres quedar sola?
- DIANA. Sí.  
Salíos los dos allá.
- FABIO. ¡Bravo examen!
- OTAVIO. Loca está.

## Lope de Vega

---

- FABIO. Y sospechosa de mí.
- DIANA. Llégate aquí, Dorotea.
- DOROTEA. ¿Qué manda vuseñoría?
- DIANA. Que me dijese querría  
quién esta calle pasea.
- DOROTEA. Señora, el marqués Ricardo,  
y algunas veces el conde  
Paris.
- DIANA. La verdad responde  
de lo que decirte aguardo,  
si quieres tener remedio.
- DOROTEA. ¿Qué te puedo yo negar?
- DIANA. ¿Con quién los has visto hablar?
- DOROTEA. Si me pusieses en medio  
de mil llamas, no podré  
decir que, fuera de ti,  
hablar con nadie los vi  
que en aquesta casa esté.
- DIANA. ¿No te han dado algún papel?  
¿Ningún paje ha entrado aquí?
- DOROTEA. Jamás.
- DIANA. Apártate allí.
- MARCELA. ¡Brava inquisición!
- ANARDA. Cruel.
- DIANA. Oye, Anarda.
- ANARDA. ¿Qué me mandas?
- DIANA. ¿Qué hombre es éste que salió...?

- ANARDA.           ¿Hombre?
- DIANA.                Desta sala; y yo  
sé los pasos en que andas.  
¿Quién le trajo a que me viese?  
¿Con quién habla de vosotras?
- ANARDA.            No creas tú que en nosotras  
tal atrevimiento hubiese.  
¡Hombre, para verte a ti,  
había de osar traer  
criada tuya, ni hacer  
esa traición contra ti!  
No, señora, no lo entiendes.
- DIANA.              Espera, apártate más,  
porque a sospechar me das  
si engañarme no pretendes,  
que por alguna criada  
este hombre ha entrado aquí.
- ANARDA.            El verte, señora, así,  
y justamente enojada,  
dejada toda cautela,  
me obliga a decir verdad,  
aunque contra el amistad  
que profeso con Marcela.  
Ella tiene a un hombre amor,  
y él se le tiene también,  
mas nunca he sabido quién.
- DIANA.              Negarlo, Anarda, es error.  
Ya que confiesas lo más,  
¿para qué niegas lo menos?
- ANARDA.            Para secretos ajenos  
mucho tormento me das  
sabiendo que soy mujer,

mas basta que hayas sabido  
que por Marcela ha venido.  
Bien te puedes recoger,  
que es sólo conversación,  
y ha poco que se comienza.

DIANA.                    ¡Hay tan cruel desvergüenza!  
                              ¡Buena andaré la opinión  
de una mujer por casar!  
                              ¡Por el siglo, infame gente,  
del conde mi señor!

ANARDA.    Tente,  
y déjame disculpar,  
que no es de fuera de casa  
el hombre que habla con ella,  
ni para venir a vella  
por esos peligros pasa.

DIANA.                    En efeto, ¿es mi criado?

ANARDA.                    Sí, señora.

DIANA.    ¿Quién?

ANARDA.    Teodoro.

DIANA.                    ¿El secretario?

ANARDA.    Yo ignoro  
lo demás; sé que han hablado.

DIANA.                    Retírate, Anarda, allí.

ANARDA.                    Muestra aquí tu entendimiento.

DIANA.                    Con más templanza me siento,  
sabiendo que no es por mí.  
¡Marcela!

MARCELA.    ¿Señora?...

- DIANA. Escucha.
- MARCELA. ¿Qué mandas? (Temblando llego.)
- DIANA. ¿Eres tú de quien fiaba  
mi honor y mis pensamientos?
- MARCELA. Pues ¿qué te han dicho de mí,  
sabiendo tú que profeso  
la lealtad que tú mereces?
- DIANA. ¿Tú? ¿Lealtad?
- MARCELA. ¿En qué te ofendo?
- DIANA. ¿No es ofensa que en mi casa,  
y dentro de mi aposento,  
entre un hombre a hablar contigo?
- MARCELA. Está Teodoro tan necio  
que donde quiera me dice  
dos docenas de requiebros.
- DIANA. ¿Dos docenas? ¡Bueno a fe!  
Bendiga el buen año el cielo,  
pues se venden por docenas.
- MARCELA. Quiero decir que, en saliendo  
o entrando, luego a la boca  
traslada sus pensamientos.
- DIANA. ¿Traslada? Término extraño.  
¿Y qué te dice?
- MARCELA. No creo  
que se me acuerda.
- DIANA. Sí hará.
- MARCELA. Una vez dice: «Yo pierdo  
el alma por esos ojos».  
Otra: «Yo vivo por ellos;

esta noche no he dormido  
desvelando mis deseos  
en tu hermosura». Otra vez  
me pide sólo un cabello  
para atarlos, porque estén  
en su pensamiento quedos.  
Mas ¿para qué me preguntas  
niñerías?

DIANA.                               Tú a lo menos  
bien te huelgas.

MARCELA.                           No me pesa,  
porque de Teodoro entiendo  
que estos amores dirige  
a fin tan justo y honesto  
como el casarse conmigo.

DIANA.                               Es el fin del casamiento  
honesto blanco de amor  
¿Quieres que yo trate desto?

MARCELA.                           ¡Qué mayor bien para mí!  
Pues ya, señora, que veo  
tanta blandura en tu enojo  
y tal nobleza en tu pecho,  
te aseguro que le adoro,  
porque es el mozo más cuerdo,  
más prudente y entendido,  
más amoroso y discreto  
que tiene aquesta ciudad.

DIANA.                               Ya sé yo su entendimiento,  
del oficio en que me sirve.

MARCELA.                           Es diferente el sujeto  
de una carta, en que le pruebas  
a dos títulos tus deudos,



o el verle hablar más de cerca  
en estilo dulce y tierno  
razones enamoradas.

DIANA. Marcela, aunque me resuelvo  
a que os caséis, cuando sea  
para ejecutarlo tiempo,  
no puedo dejar de ser  
quien soy, como ves que debo  
a mi generoso nombre,  
porque no fuera bien hecho  
daros lugar en mi casa.  
Sustentar mi enojo quiero,  
pues que ya todos le saben;  
tú podrás con más secreto  
proseguir ese tu amor,  
que en la ocasión yo me ofrezco  
a ayudaros a los dos:  
que Teodoro es hombre cuerdo  
y se ha criado en mi casa,  
y a ti, Marcela, te tengo  
la obligación que tú sabes  
y no poco parentesco.

MARCELA. A tus pies tienes tu hechura.

DIANA. Vete.

MARCELA. Mil veces los beso.

DIANA. Dejadme sola.

ANARDA. ¿Qué ha sido?

MARCELA. Enojos en mi provecho.

DOROTEA. ¿Sabe tus secretos ya?

MARCELA. Sí sabe, y que son honestos.

*Háganle tres reverencias y váyanse.*

DIANA (*sola*). Mil veces he advertido en la belleza,  
gracia y entendimiento de Teodoro;  
que, a no ser desigual a mi decoro,  
estimara su ingenio y gentileza.  
Es el amor común naturaleza,  
mas yo tengo mi honor por más tesoro;  
que los respetos de quien soy adoro  
y aun el pensarlo tengo por bajeza.  
La envidia bien sé yo que ha de quedarme,  
que si la suelen dar bienes ajenos,  
bien tengo de que pueda lamentarme,  
porque quisiera yo que por lo menos,  
Teodoro fuera más, para igualarme,  
o yo, para igualarle, fuera menos.

*Sale TEODORO y TRISTÁN.*

TEODORO. No he podido sosegar.  
TRISTÁN. Y aun es con mucha razón;  
que ha de ser tu perdición  
si lo llega a averiguar.  
Díjete que la dejaras  
acostar, y no quisiste.

TEODORO. Nunca el amor se resiste.  
TRISTÁN. Tiras, pero no reparas.  
TEODORO. Los diestros lo hacen así.  
TRISTÁN. Bien sé yo que si lo fueras  
el peligro conocieras.

TEODORO. ¿Si me conoció?

- TRISTÁN. No y sí,  
que no conoció quién eras,  
y sospecha le quedó.
- TEODORO. Cuando Fabio me siguió  
bajando las escaleras,  
fue milagro no matalle.
- TRISTÁN. ¡Qué lindamente tiré  
mi sombrero a la luz!
- TEODORO. Fue  
detenelle y deslumbralle,  
porque, si adelante pasa,  
no le dejara pasar.
- TRISTÁN. Dije a la luz al bajar:  
«Di que no somos de casa»,  
y respondiíme: «Mentís».  
Alzo y tiréle el sombrero.  
¿Quedé agraviado?
- TEODORO. Hoy espero  
mi muerte.
- TRISTÁN. Siempre decís  
esas cosas los amantes  
cuando menos pena os dan.
- TEODORO. Pues ¿qué puedo hacer, Tristán,  
en peligros semejantes?
- TRISTÁN. Dejar de amar a Marcela,  
pues la condesa es mujer  
que si lo llega a saber,  
no te ha de valer cautela  
para no perder su casa.
- TEODORO. ¿Y no hay más sino olvidar?

## Lope de Vega

---

- TRISTÁN. Liciones te quiero dar  
de cómo el amor se pasa.
- TEODORO. ¿Ya comienzas desatinos?
- TRISTÁN. Con arte se vence todo;  
oye, por tu vida, el modo  
por tan fáciles caminos.  
Primeramente has de hacer  
resolución de olvidar,  
sin pensar que has de tornar  
eternamente a querer.  
Que si te queda esperanza  
de volver, no habrá remedio  
de olvidar, que si está en medio  
la esperanza, no hay mudanza.  
¿Por qué piensas que no olvida  
luego un hombre a una mujer?  
Porque, pensando volver,  
va entreteniendo la vida.  
Ha de haber resolución  
dentro del entendimiento,  
con que cesa el movimiento  
de aquella imaginación.  
¿No has visto faltar la cuerda  
de un reloj, y estarse quedas  
sin movimiento las ruedas?  
Pues desafortunadamente se acuerda  
el que tienen las potencias,  
cuando la esperanza falta.
- TEODORO. Y la memoria, ¿no salta  
luego a hacer mil diligencias,  
despertando el sentimiento  
a que del bien no se priva?

TRISTÁN. Es enemigo que vive  
asido al entendimiento,  
como dijo la canción  
de aquel español poeta,  
mas por eso es linda treta  
vencer la imaginación.

TEODORO. ¿Cómo?

TRISTÁN. Pensando defetos,  
y no gracias; que olvidando  
defetos están pensando,  
que no gracias, los discretos.  
No la imagines vestida  
con tan linda proporción  
de cintura, en el balcón  
de unos chapines subida.  
Toda es vana arquitectura,  
porque dijo un sabio un día  
que a los sastres se debía  
la mitad de la hermosura.  
Como se ha de imaginar  
una mujer semejante,  
es como un disciplinante  
que le llevan a curar.  
Esto sí, que no adornada  
del costoso faldellín;  
pensar defetos, en fin,  
es medicina aprobada.  
Si de acordarte que vías  
alguna vez una cosa  
que te pareció asquerosa,  
no comes en treinta días,  
acordándote, señor,  
de los defetos que tiene,

si a la memoria te viene  
se te quitará el amor.

TEODORO.     ¡Qué grosero cirujano!  
¡Qué rústica curación!  
Los remedios al fin son  
como de tu tosca mano.  
Médico impírico eres;  
no has estudiado, Tristán.  
Yo no imagino que están  
desa suerte las mujeres,  
sino todas cristalinas,  
como un vidro transparentes.

TRISTÁN.     ¡Vidro! Sí, muy bien lo sientes,  
si a verlas quebrar caminas;  
mas si no piensas pensar  
defetos, pensarte puedo,  
porque ya he perdido el miedo  
de que podrás olvidar.  
Pardiez, yo quise una vez,  
con esta cara que miras,  
a una alforja de mentiras,  
años cinco veces diez;  
y entre otros dos mil defetos,  
cierta barriga tenía  
que encerrar dentro podía,  
sin otros mil parapetos,  
cuantos legajos de pliegos  
algún escritorio apoya,  
pues como el caballo en Troya  
pudiera meter los griegos.  
¿No has oído que tenía  
cierto lugar un nogal,  
que en el tronco un oficial  
con mujer y hijos cabía,

y aun no era la casa escasa?  
Pues desa misma manera,  
en esta panza cupiera  
un tejedor y su casa.  
Y queriéndola olvidar  
(que debió de convenirme),  
dio la memoria en decirme  
que pensase en blanco azar,  
en azucena y jazmín,  
en marfil, en plata, en nieve,  
y en la cortina, que debe  
de llamarse el faldellín,  
con que yo me deshacía,  
mas tomé más cuerdo acuerdo,  
y di en pensar, como cuerdo,  
lo que más le parecía:  
cestos de calabazones,  
baúles viejos, maletas  
de cartas para estafetas,  
almofrejes y jergones;  
con que se trocó en desdén  
el amor y la esperanza,  
y olvidé la dicha panza  
por siempre jamás amén;  
que era tal, que en los dobleces  
(y no es mucho encarecer)  
se pudieran esconder  
cuatro manos de almirces.

TEODORO.

En las gracias de Marcela  
no hay defetos que pensar.  
Yo no la pienso olvidar.

TRISTÁN.

Pues a tu desgracia apela,  
y sigue tan loca empresa.

Lope de Vega

---

TEODORO. Toda es gracias: ¿qué he de hacer?

TRISTÁN. Pensarlas hasta perder  
la gracia de la condesa.

*Sale la condesa.*

DIANA. Teodoro...

TEODORO. La misma es.

DIANA. Escucha.

TEODORO. A tu hechura manda.

TRISTÁN. Si en averiguarlo anda,  
de casa volamos tres.

DIANA. Hame dicho cierta amiga  
que desconfía de sí,  
que el papel que traigo aquí  
le escriba; a hacerlo me obliga  
la amistad, aunque yo ignoro,  
Teodoro, cosas de amor,  
y que le escribas mejor  
vengo a decirte, Teodoro.  
Toma y lee.

TEODORO. Si aquí,  
señora, has puesto la mano,  
igualarle fuera en vano,  
y fuera soberbia en mí.  
Sin verle, pedirte quiero  
que a esa señora le envíes.

DIANA. Léele.

TEODORO. Que desconfíes  
me espanto; aprender espero



estilo que yo no sé;  
que jamás traté de amor.

DIANA. ¿Jamás, jamás?

TEODORO. Con temor  
de mis defetos, no amé,  
que soy muy desconfiado.

DIANA. Y se puede conocer  
de que no te dejas ver,  
pues que te vas rebozado.

TEODORO. ¡Yo, señora! ¿Cuándo o cómo?

DIANA. Dijéronme que salió  
anoche acaso, y te vio  
rebozado el mayordomo.

TEODORO. Andaríamos burlando  
Fabio y yo, como solemos,  
que mil burlas nos hacemos.

DIANA. Lee, lee.

TEODORO. Estoy pensando  
que tengo algún envidioso.

DIANA. Celoso podría ser.  
Lee, lee.

TEODORO. Quiero ver  
ese ingenio milagroso.  
*Lea.* «Amar por ver amar, envidia ha sido,  
y primero que amar estar celosa  
es invención de amor maravillosa  
y que por imposible se ha tenido.  
»De los celos mi amor ha procedido  
por pesarme que, siendo más hermosa,  
no fuese en ser amada tan dichosa

que hubiese lo que envidio merecido.  
»Estoy sin ocasión desconfiada,  
celosa sin amor, aunque sintiendo;  
debo de amar, pues quiero ser amada.  
»Ni me dejo forzar ni me defiendo;  
darme quiero a entender sin decir nada;  
entiéndame quien puede; yo me entiendo».

DIANA. ¿Qué dices?

TEODORO. Que si esto es  
a propósito del dueño,  
no he visto cosa mejor,  
mas confieso que no entiendo  
cómo puede ser que amor  
venga a nacer de los celos,  
pues que siempre fue su padre.

DIANA. Porque esta dama, sospecho  
que se agradaba de ver  
este galán, sin deseo,  
y viéndole ya empleado  
en otro amor, con los celos  
vino a amar y a desear.  
¿Puede ser?

TEODORO. Yo lo concedo;  
mas ya esos celos, señora,  
de algún principio nacieron,  
y ése fue amor; que la causa  
no nace de los efetos,  
sino los efetos della.

DIANA. No sé, Teodoro; esto siento  
desta dama, pues me dijo  
que nunca al tal caballero  
tuvo más que inclinación,

y en viéndole amar, salieron  
al camino de su honor  
mil salteadores deseos,  
que le han desnudado el alma  
del honesto pensamiento  
con que pensaba vivir.

TEODORO. Muy lindo papel has hecho;  
yo no me atrevo a igualarle.

DIANA. Entra y prueba.

TEODORO. No me atrevo.

DIANA. Haz esto, por vida mía.

TEODORO. Vusiñoría con esto  
quiere probar mi ignorancia.

DIANA. Aquí aguardo; vuelve luego.

TEODORO. Yo voy.

DIANA. Escucha, Tristán.

TRISTÁN. A ver lo que mandas vuelvo,  
con vergüenza destas calzas;  
que el secretario, mi dueño,  
anda falido estos días,  
y hace mal un caballero,  
sabiendo que su lacayo  
le va sirviendo de espejo,  
de lucero y de cortina,  
en no traerle bien puesto.  
Escalera del señor  
si va a caballo, un discreto  
nos llamó, pues a su cara  
se sube por nuestros cuerpos.  
No debe de poder más.

DIANA.                   ¿Juega?

TRISTÁN.                   ¡Pluguiera a los cielos!  
Que a quien juega, nunca faltan  
desto o de aquello dineros.  
Antiguamente los reyes  
algún oficio aprendieron,  
por si en la guerra o la mar  
perdían su patria y reino  
saber con qué sustentarse.  
¡Dichosos los que pequeños  
aprendieron a jugar!  
Pues en faltando, es el juego  
un arte noble que gana  
con poca pena el sustento.  
Verás un grande pintor,  
acrisolando el ingenio,  
hacer una imagen viva,  
y decir el otro necio  
que no vale diez escudos;  
y que el que juega, en diciendo:  
«Paro», con salir la suerte,  
le sale a ciento por ciento.

DIANA.                   En fin, ¿no juega?

TRISTÁN.                   Es cuitado.

DIANA.                   A la cuenta será cierto  
tener amores.

TRISTÁN.                   ¡Amores!  
¡Oh qué donaire! Es un hielo.

DIANA.                   Pues un hombre de su talle,  
galán, discreto y mancebo,  
¿no tiene algunos amores  
de honesto entretenimiento?

- TRISTÁN. Yo trato en paja y cebada,  
no en papeles y requiebros.  
De día te sirve aquí;  
que está ocupado sospecho.
- DIANA. Pues ¿nunca sale de noche?
- TRISTÁN. No le acompaño; que tengo  
una cadera quebrada.
- DIANA. ¿De qué, Tristán?
- TRISTÁN. Bien te puedo  
responder lo que responden  
las malcasadas, en viendo  
cardenales en su cara  
del mojicón de los celos:  
«Rodé por las escaleras».
- DIANA. ¿Rodaste?
- TRISTÁN. Por largo trecho.  
Con las costillas conté  
los pasos.
- DIANA. Forzoso es eso,  
si a la lámpara, Tristán,  
le tirabas el sombrero.
- TRISTÁN. ¡Oxte, puto! ¡Vive Dios,  
que se sabe todo el cuento!
- DIANA. ¿No respondes?
- TRISTÁN. Por pensar  
cuándo..., pero ya me acuerdo:  
anoche andaban en casa  
unos murciélagos negros:  
el sombrero los tiraba;  
fuese a la luz uno de ellos,

y acerté, por dar en él,  
en la lámpara, y tan presto  
por la escalera rodé  
que los dos pies se me fueron.

DIANA. Todo está muy bien pensado,  
pero un libro de secretos  
dice que es buena la sangre  
para quitar el cabello  
(desos murciégalos digo),  
y haré yo sacarla luego,  
si es cabello la ocasión,  
para quitarla con ellos.

TRISTÁN. ¡Vive Dios, que hay chamusquina,  
y que por murciegalero  
me pone en una galera!

DIANA. ¡Qué traigo de pensamientos!

*Sale FABIO.*

FABIO. Aquí está el marqués Ricardo.

DIANA. Poned esas sillas luego.

*Sale RICARDO, marqués y CELIO.*

RICARDO. Con el cuidado que el amor, Diana,  
pone en un pecho que aquel fin desea  
que la mayor dificultad allana,  
el mismo quiere que te adore y vea;  
solicito mi causa, aunque por vana  
esta ambición algún contrario crea,  
que dando más lugar a su esperanza,  
tendrá menos amor que confianza.

Está vusñoría tan hermosa  
que estar buena el mirarla me asegura;  
que en la mujer (y es bien pensada cosa)  
la más cierta salud es la hermosura;  
que en estando gallarda, alegre, airosa,  
es necedad, es ignorancia pura,  
llegar a preguntarle si está buena,  
que todo entendimiento la condena.  
Sabiendo que lo estáis, como lo dice  
la hermosura, Diana, y la alegría,  
de mí, si a la razón no contradice,  
saber, señora, cómo estoy querría.

DIANA. Que vuestra señoría solemnice  
lo que en Italia llaman gallardía  
por hermosura, es digno pensamiento  
de su buen gusto y claro entendimiento.  
Que me pregunte cómo está, no creo  
que soy tan dueño suyo que lo diga.

RICARDO. Quien sabe de mi amor y mi deseo  
el fin honesto, a este favor me obliga.  
A vuestros deudos inclinados veo  
para que en lo tratado se prosiga;  
sólo falta, señora, vuestro acuerdo,  
porque sin él las esperanzas pierdo.  
Si, como soy señor de aquel estado  
que con igual nobleza heredé agora,  
lo fuera desde el sur más abrasado  
a los primeros paños del aurora;  
si el oro, de los hombres adorado,  
las congeladas lágrimas que llora  
el cielo, o los diamantes orientales  
que abrieron por el mar caminos tales,  
tuviera yo, lo mismo os ofreciera,  
y no dudéis, señora, que pasara

adonde el sol apenas luz me diera,  
como a sólo serviros importara;  
en campañas de sal pies de madera  
por las remotas aguas estampara,  
hasta llegar a las australes playas,  
del humano poder últimas rayas.

DIANA.                     Creo, señor marqués, el amor vuestro;  
y satisfecha de nobleza tanta,  
haré tratar el pensamiento nuestro  
si al conde Federico no le espanta.

RICARDO.                 Bien sé que en trazas es el conde diestro,  
porque en ninguna cosa me adelanta,  
mas yo fío de vos que mi justicia  
los ojos cegará de su malicia.

*Sale TEODORO.*

TEODORO.                 Ya lo que mandas hice.

RICARDO.                                     Si ocupada  
vuseñoría está, no será justo  
hurtarle el tiempo.

DIANA.                                     No importara nada,  
puesto que a Roma escribo.

RICARDO.                                     No hay disgusto  
como en día de cartas dilatada  
visita.

DIANA.                     Sois discreto.

RICARDO.                                     En daros gusto.  
Celio ¿qué te parece?

CELIO.                                     Que quisiera  
que ya tu justo amor premio tuviera.



Vase RICARDO.

DIANA.                   ¿Escribiste?

TEODORO.                   Ya escribí,  
aunque bien desconfiado,  
mas soy mandado y forzado.

DIANA.                   Muestra.

TEODORO.                   Lee.

DIANA.                   Dice así (*lee*):  
«Querer por ver querer, envidia fuera,  
si quien lo vio, sin ver amar no amara,  
porque si antes de amar, no amar pensara,  
después no amara, puesto que amar viera.  
»Amor, que lo que agrada considera  
en ajeno poder, su amor declara;  
que como la color sale a la cara,  
sale a la lengua lo que al alma altera.  
»No digo más, porque lo más ofendo  
desde lo menos, si es que desmerezco  
porque del ser dichoso me defiendo.  
»Esto que entiendo solamente ofrezco;  
que lo que no merezco no lo entiendo,  
por no dar a entender que lo merezco».

DIANA.                   Muy bien guardaste el decoro.

TEODORO.                   ¿Búrlaste?

DIANA.                   ¡Pluguiera a Dios!

TEODORO.                   ¿Qué dices?

DIANA.                   Que de los dos,  
el tuyo vence, Teodoro.

TEODORO. Pésame, pues no es pequeño  
principio de aborrecer  
un criado, el entender  
que sabe más que su dueño.  
De cierto rey se contó  
que le dijo a un gran privado:  
«Un papel me da cuidado,  
y si bien le he escrito yo  
quiero ver otro de vos,  
y el mejor escoger quiero».  
Escribióle el caballero,  
y fue el mejor de los dos.  
Como vio que el rey decía  
que era su papel mejor,  
fuese, y díjole al mayor  
hijo, de tres que tenía:  
'Vámonos del reino luego;  
que en gran peligro estoy yo'  
El mozo le preguntó  
la causa, turbado y ciego,  
y respondióle: 'Ha sabido  
el rey que yo sé más que él'.  
Que es lo que en aqueste papel  
me puede haber sucedido.

DIANA. No, Teodoro, que aunque digo  
que es el tuyo más discreto,  
es porque sigue el conceto  
de la materia que sigo,  
y no para que presuma  
tu pluma que si me agrada,  
pierdo el estar confiada  
de los puntos de mi pluma.  
Fuera de que soy mujer  
a cualquier error sujeta,

y no sé si muy discreta,  
como se me echa de ver.  
Desde lo menos aquí,  
dices que ofendes lo más,  
y amando, engañado estás,  
porque en amor no es ansí,  
que no ofende un desigual  
amando, pues sólo entiendo  
que se ofende aborreciendo.

TEODORO. Ésa es razón natural,  
mas pintaron a Faetonte  
y a Ícaro despeñados,  
uno en caballos dorados,  
precipitado en un monte,  
y otro, con alas de cera,  
derretido en el crisol  
del sol.

DIANA. No lo hiciera el sol  
si, como es sol, mujer fuera.  
Si alguna cosa sirvieres  
alta, sírvela y confía,  
que amor no es más que porfía;  
no son piedras las mujeres.  
Yo me llevo este papel;  
que despacio me conviene  
verle.

TEODORO. Mil errores tiene.

DIANA. No hay error ninguno en él.

TEODORO. Honras mi deseo; aquí  
traigo el tuyo.



sirvo, pues aquí ha fundado  
el engaño y me ha burlado,  
pero en vano se recela  
mi temor, porque jamás  
burlando salen colores.  
¿Y el decir con mil temores  
que «se puede perder más»?  
¿Qué rosa, al llorar la aurora,  
hizo de las hojas ojos,  
abriendo los labios rojos  
con risa a ver cómo llora,  
como ella los puso en mí  
bañada en púrpura y grana;  
o qué pálida manzana  
se esmaltó de carmesí?  
Lo que veo y lo que escucho,  
yo lo juzgo (o estoy loco)  
para ser de veras poco,  
y para de burlas mucho.  
Mas teneos, pensamiento,  
que os vais ya tras la grandeza,  
aunque si digo belleza,  
bien sabéis vos que no miento;  
que es bellísima Diana,  
y es discreción sin igual.

*Sale MARCELA.*

MARCELA.

¿Puedo hablarte?

TEODORO.

Ocasión tal  
mil imposibles allana;  
que por ti, Marcela mía,  
la muerte me es agradable.

MARCELA.

Como yo te vea y hable,  
dos mil vidas perdería.  
Estuve esperando el día  
como el pajarillo solo,  
y cuando vi que en el polo  
que Apolo más presto dora  
le despertaba la aurora,  
dije: «Yo veré mi Apolo».  
Grandes cosas han pasado:  
que no se quiso acostar  
la condesa hasta dejar  
satisfecho su cuidado.  
Amigas que han envidiado  
mi dicha con deslealtad,  
le han contado la verdad:  
que entre quien sirve, aunque veas  
que hay amistad, no las creas,  
porque es fingida amistad.  
Todo lo sabe en efeto;  
que si es Diana la luna,  
siempre a quien ama importuna,  
salió y vio nuestro secreto.  
Pero será, te prometo,  
para mayor bien, Teodoro;  
que del honesto decoro  
con que tratas de casarte  
le dí parte, y dixé aparte  
cuán tiernamente te adoro.  
Tus prendas le encarecí,  
tu estilo, tu gentileza,  
y ella entonces su grandeza  
mostró tan piadosa en mí,  
que se alegró de que en ti  
hubiese los ojos puesto,  
y de casarnos muy presto

palabra también me dio,  
luego que de mí entendió  
que era tu amor tan honesto.  
Yo pensé que se enojara  
y la casa revolviere,  
que a los dos nos despidiera  
y a los demás castigara;  
mas su sangre ilustre y clara,  
y aquel ingenio en efeto  
tan prudente y tan perfeto,  
conoció lo que mereces.  
¡Oh, bien haya (¡amén mil veces!)  
quien sirve a señor discreto!

TEODORO.           ¿Que casarme prometió  
contigo?

MARCELA.                     ¿Pones duda  
que a su ilustre sangre acuda?

TEODORO.           Mi ignorancia me engañó,  
que necio pensaba yo  
que hablaba en mí la condesa.  
De haber pensado me pesa  
que pudo tenerme amor;  
que nunca tan alto azor  
se humilla a tan baja presa.

MARCELA.           ¿Qué murmuras entre ti?

TEODORO.           Marcela, conmigo habló,  
pero no se declaró  
en darme a entender que fui  
el que embozado salí  
anoche de su aposento.

MARCELA.           Fue discreto pensamiento,  
por no obligarse al castigo

de saber que hablé contigo,  
si no lo es el casamiento;  
que el castigo más piadoso  
de dos que se quieren bien  
es casarlos.

TEODORO.                                Dices bien,  
y el remedio más honroso.

MARCELA.                              ¿Querrás tú?

TEODORO.                                Seré dichoso.

MARCELA.                              Confírmalo.

TEODORO.                                Con los brazos,  
que son los rasgos y lazos  
de la pluma del amor,  
pues no hay rúbrica mejor  
que la que firman los brazos.

*Sale la condesa.*

DIANA.                                    Esto se ha enmendado bien;  
agora estoy muy contenta,  
que siempre a quien reprehende  
da gran gusto ver la enmienda.  
No os turbéis ni os alteréis.

TEODORO.                                Dije, señora, a Marcela  
que anoche salí de aquí  
con tanto disgusto y pena  
de que vuestra señoría  
imaginase en su ofensa  
este pensamiento honesto  
para casarme con ella,  
que me he pensado morir,



y dándome por respuesta  
que mostrabas en casarnos  
tu piedad y tu grandeza,  
dile mis brazos, y advierte  
que si mentirte quisiera  
no me faltara un engaño,  
pero no hay cosa que venza,  
como decir la verdad  
a una persona discreta.

DIANA.

Teodoro, justo castigo  
la deslealtad mereciera  
de haber perdido el respeto  
a mi casa, y la nobleza  
que usé anoche con los dos  
no es justo que parte sea  
a que os atreváis ansí,  
que en llegando a desvergüenza  
el amor, no hay privilegio  
que el castigo le defienda.  
Mientras no os casáis los dos,  
mejor estará Marcela  
cerrada en un aposento;  
que no quiero yo que os vean  
juntos las demás criadas,  
y que por ejemplo os tengan  
para casáseme todas.  
¡Dorotea! ¡Ah Dorotea!

*Sale DOROTEA.*

DOROTEA.

Señora.

DIANA.

Toma esta llave  
y en mi propia cuadra encierra

- a Marcela, que estos días  
podrá hacer labor en ella.  
No diréis que esto es enojo.
- DOROTEA. ¿Qué es esto, Marcela?
- MARCELA. Fuerza  
de un poderoso tirano  
y una rigurosa estrella.  
Enciérrame por Teodoro.
- DOROTEA. Cárcel aquí no la temas,  
y para puertas de celos  
tiene amor llave maestra.
- DIANA. En fin, Teodoro, ¿tú quieres  
casarte?
- TEODORO. Yo no quisiera  
hacer cosa sin tu gusto,  
y créeme que mi ofensa  
no es tanta como te han dicho;  
que bien sabes que con lengua  
de escorpión pintan la envidia,  
y que si Ovidio supiera  
qué era servir, no en los campos,  
no en las montañas desiertas  
pintara su oscura casa,  
que aquí habita y aquí reina.
- DIANA. Luego ¿no es verdad que quieres  
a Marcela?
- TEODORO. Bien pudiera  
vivir sin Marcela yo.
- DIANA. Pues díceme que por ella  
pierdes el seso.

- TEODORO. Es tan poco  
que no es mucho que le pierda,  
mas crea vuseñoría  
que aunque Marcela merezca  
esas finezas en mí,  
no ha habido tantas finezas.
- DIANA. Pues ¿no le has dicho requiebros  
tales que engañar pudieran  
a mujer de más valor?
- TEODORO. Las palabras poco cuestan.
- DIANA. ¿Qué le has dicho, por mi vida?  
¿Cómo, Teodoro, requiebran  
los hombres a las mujeres?
- TEODORO. Como quien ama y quien ruega,  
vistiendo de mil mentiras  
una verdad, y ésa apenas.
- DIANA. Sí, pero ¿con qué palabras?
- TEODORO. Extrañamente me aprieta  
vuseñoría. «Esos ojos  
(le dije), esas niñas bellas,  
son luz con que ven los míos»  
y «los corales y perlas  
desa boca celestial...»
- DIANA. ¿Celestial?
- TEODORO. Cosas como éstas  
son la cartilla, señora,  
de quien ama y quien desea.
- DIANA. Mal gusto tienes, Teodoro;  
no te espantes de que pierdas  
hoy el crédito conmigo,  
porque sé yo que en Marcela

hay más defectos que gracias,  
como la miro más cerca.  
Sin esto, porque no es limpia,  
no tengo pocas pendencias  
con ella..., pero no quiero  
desenamorate de ella;  
que bien pudiera decirte  
cosa..., pero aquí se quedan  
sus gracias o sus desgracias;  
que yo quiero que la quieras  
y que os caséis en buenhora,  
mas pues de amador te precias,  
dame consejo, Teodoro  
(¡ansí a Marcela poseas!),  
para aquella amiga mía,  
que ha días que no sosiega  
de amores de un hombre humilde,  
porque, si en quererle piensa,  
ofende su autoridad,  
y si de quererle deja,  
pierde el juicio de celos;  
que el hombre, que no sospecha  
tanto amor, anda cobarde,  
aunque es discreto, con ella.

TEODORO. Yo, señora, ¿sé de amor?  
No sé, por Dios, cómo pueda  
aconsejarte.

DIANA. ¿No quieres,  
como dices, a Marcela?  
¿No le has dicho esos requiebros?  
Tuvieran lengua las puertas,  
que ellas dijeran...

- TEODORO. No hay cosa  
que decir las puertas puedan.
- DIANA. Ea, que ya te sonrojas,  
y lo que niega la lengua  
confieras con las colores.
- TEODORO. Si ella te lo ha dicho, es necia;  
una mano le tomé,  
y no me quedé con ella,  
que luego se la volví;  
no sé yo de qué se queja.
- DIANA. Sí, pero hay manos que son  
como la paz de la Iglesia,  
que siempre vuelven besadas.
- TEODORO. Es necísima Marcela;  
es verdad que me atreví,  
pero con mucha vergüenza,  
a que templase la boca  
con nieve y con azucenas.
- DIANA. ¿Con azucenas y nieve?  
Huelgo de saber que tiembla  
ese emplasto el corazón.  
Ahora bien, ¿qué me aconsejas?
- TEODORO. Que si esa dama que dices  
hombre tan bajo desea,  
y de quererle resulta  
a su honor tanta bajeza,  
haga que con un engaño,  
sin que la conozca, pueda  
gozarle.

DIANA.                               Queda el peligro  
de presumir que lo entienda.  
¿No será mejor matarle?

TEODORO.                           De Marco Aurelio se cuenta  
que dio a su mujer Faustina,  
para quitarle la pena,  
sangre de un esgrimidor;  
pero estas romanas pruebas  
son buenas entre gentiles.

DIANA.                               Bien dices: que no hay Lucrecias,  
ni Torcatos, ni Virginios  
en esta edad, y en aquélla  
hubo Faustinas, Teodoro,  
Mesalinas y Popeas.  
Escríbeme algún papel  
que a este propósito sea,  
y queda con Dios. ¡Ay Dios!

*Caiga.*

Caí. ¿Qué me miras? Llega,  
dame la mano.

TEODORO.                           El respeto  
me detuvo de ofrecella.

DIANA.                               ¡Qué graciosa grosería  
que con la capa la ofrezcas!

TEODORO.                           Así cuando vas a misa  
te la da Otavio.

DIANA.                               Es aquella  
mano que yo no le pido,  
y debe de haber setenta

años que fue mano y viene  
amortajada por muerta.  
Aguardar quien ha caído  
a que se vista de seda  
es como ponerse un jaco  
quien ve al amigo en pendencia,  
que mientras baja, le han muerto;  
demás que no es bien que tenga  
nadie por más cortesía,  
aunque melindres lo aprueban,  
que una mano, si es honrada,  
traiga la cara cubierta.

TEODORO. Quiero estimar la merced  
que me has hecho.

DIANA. Cuando seas  
escudero la darás  
en el ferreruelo envuelta;  
que agora eres secretario;  
con que te he dicho que tengas  
secreta aquesta caída,  
si levantarte deseas.

*Váyase.*

TEODORO. ¿Puedo creer que aquesto es verdad? Puedo,  
si miro que es mujer Diana hermosa.  
Pidió mi mano, y la color de rosa,  
al dársela, robó del rostro el miedo.  
Tembló; yo lo sentí; dudoso quedo.  
¿Qué haré? Seguir mi suerte venturosa;  
si bien, por ser la empresa tan dudosa,  
niego al temor lo que al valor concedo.  
Mas dejar a Marcela es caso injusto;

que las mujeres no es razón que esperen  
de nuestra obligación tanto disgusto.  
Pero si ellas nos dejan cuando quieren  
por cualquiera interés o nuevo gusto,  
mueran también como los hombres mueren.



## Acto segundo

*Salen el conde FEDERICO y LEONIDO, criado.*

FEDERICO.       ¿Aquí la viste?

LEONIDO.               Aquí entró  
como el alba por un prado,  
que a su tapete bordado  
la primera luz le dio,  
y según la devoción  
no pienso que tardarán,  
que conozco al capellán  
y es más breve que es razón.

FEDERICO.       ¡Ay si la pudiese hablar!

LEONIDO.       Siendo tú su primo, es cosa  
acompañarla forzosa.

FEDERICO.       El pretenderme casar  
ha hecho ya sospechoso  
mi parentesco, Leonido;  
que antes de haberla querido  
nunca estuve temeroso.  
Verás que un hombre visita  
una dama libremente  
por conocido o pariente  
mientras no la solicita,  
pero en llegando a querella,  
aunque de todos se guarde,  
menos entra y más cobarde,  
y apenas habla con ella.

Tal me ha sucedido a mí  
con mi prima la condesa,  
tanto, que de amar me pesa,  
pues lo más del bien perdí,  
pues me estaba mejor vella  
tan libre como solía.

*Sale el marqués RICARDO, y CELIO.*

- CELIO. A pie digo que salía,  
y alguna gente con ella.
- RICARDO. Por estar la iglesia enfrente,  
y por preciarse del talle,  
ha querido honrar la calle.
- CELIO. ¿No has visto por el oriente  
salir serena mañana  
el sol con mil rayos de oro,  
cuando dora el blanco toro  
que pace campos de grana?  
-que así llamaba un poeta  
los primeros arreboles.  
Pues tal salió con dos soles,  
más hermosa y más perfecta  
la bellísima Diana,  
la condesa de Belflor.
- RICARDO. Mi amor te ha vuelto pintor  
de tan serena mañana,  
y hácesla sol con razón,  
porque el sol en sus caminos  
va pasando varios signos,  
que sus pretendientes son.  
Mira que allí Federico  
aguarda sus rayos de oro.



Lope de Vega

---

CELIO.                   ¿Hablarásla?

RICARDO.                   Eso querría,  
si quiere el competidor.

*Salen OTAVIO, FABIO, TEODORO, la condesa, y detrás,  
MARCELA, ANARDA con mantos; llegue el conde por un lado.*

FEDERICO.           Aquí aguardaba con deseo de veros.

DIANA.                Señor conde, seáis muy bien hallado.

RICARDO.            Y yo, señora, con el mismo agora  
a acompañaros vengo, y a serviros.

DIANA.                Señor marqués, ¿qué dicha es esta mía?  
¿Tanta merced?

FEDERICO.                    Bien debe a mi deseo  
vuseñoría este cuidado.

FEDERICO.                    Creo  
que no soy bien mirado y admitido.

LEONIDO.              Háblala; no te turbes.

FEDERICO.                    ¡Ay, Leonido!  
Quien sabe que no gustan de escuchalle,  
¿de qué te admiras que se turbe y calle?

*Todos se entren por la otra puerta acompañando a la condesa,  
y quede allí TEODORO.*

TEODORO.            Nuevo pensamiento mío  
desvanecido en el viento,  
que con ser mi pensamiento  
de veros volar me río,  
parad, detened el brío,

que os detengo y os provocho,  
porque si el intento es loco  
de los dos lo mismo escucho,  
aunque donde el premio es mucho,  
el atrevimiento es poco.  
Y si por disculpa dais  
que es infinito el que espero,  
averigüemos primero,  
pensamiento, en qué os fundáis.  
¿Vos a quien servís amáis?  
Diréis que ocasión tenéis  
si a vuestros ojos creéis;  
pues, pensamiento, decildes  
que sobre pajas humildes  
torres de diamante hacéis.  
Si no me sucede bien,  
quiero culparos a vos,  
mas teniéndola los dos,  
no es justo que culpa os den;  
que podréis decir también  
cuando del alma os levanto,  
y de la altura me espanto  
donde el amor os subió,  
que el estar tan bajo yo  
os hace a vos subir tanto.  
Cuando algún hombre ofendido  
al que le ofende defiende,  
que dio la ocasión se entiende;  
del daño que os ha venido,  
sed en buenhora atrevido,  
que aunque los dos nos perdamos,  
esta disculpa llevamos:  
que vos os perdéis por mí,  
y que yo tras vos me fui,  
sin saber adónde vamos.

Id en buenhora, aunque os den  
mil muertes por atrevido;  
que no se llama perdido  
el que se pierde tan bien.  
Como a otros dan parabién  
de lo que hallan, estoy tal,  
que de perdición igual  
os le doy, porque es perderse  
también que puede tenerse  
envidia del mismo mal.

TRISTÁN.

Si en tantas lamentaciones  
cabe un papel de Marcela,  
que contigo se consuela  
de sus pasadas prisiones,  
bien te le daré sin porte,  
porque a quien no ha menester,  
nadie le procura ver  
a la usanza de la corte.  
Cuando está en alto lugar  
un hombre (y ¡qué bien lo imitas!),  
¡qué le vienen de visitas  
a molestar y a enfadar!  
Pero si mudó de estado,  
como es la fortuna incierta,  
todos huyen de su puerta  
como si fuese apestado.  
¿Parécete que lavemos  
en vinagre este papel?

TEODORO.

Contigo necio, y con él,  
entrabas cosas tenemos.  
Muestra, que vendrá lavado,  
si en tus manos ha venido.  
(*Lea.*) «A Teodoro, mi marido».

¿Marido? ¡Qué necio enfado!  
¡Qué necia cosa!

TRISTÁN. Es muy necia.

TEODORO. Pregúntale a mi ventura  
si, subida a tanta altura,  
esas mariposas precia.

TRISTÁN. Léele, por vida mía,  
aunque ya estés tan divino;  
que no se desprecia el vino  
de los mosquitos que cría;  
que yo sé cuando Marcela,  
que llamas ya mariposa,  
era águila caudalosa.

TEODORO. El pensamiento, que vuela  
a los mismos cercos de oro  
del sol, tan baja la mira,  
que aun de que la ve se admira.

TRISTÁN. Hablas con justo decoro,  
mas ¿qué haremos del papel?

TEODORO. Esto.

TRISTÁN. ¿Rasgástele?

TEODORO. Sí.

TRISTÁN. ¿Por qué señor?

TEODORO. Porque así  
respondí más presto a él.

TRISTÁN. Ése es injusto rigor.

TEODORO. Ya soy otro; no te espantes.

TRISTÁN. Basta, que sois los amantes  
boticarios del amor;

que, como ellos las recetas,  
vais ensartando papeles:  
Récipe celos crueles,  
agua de azules violetas.  
Récipe un desdén extraño,  
Sirupi del borraorum,  
con que la sangre templorum,  
para asegurar el daño.  
Récipe ausencia, tomad  
un emplasto para el pecho;  
que os hiciera más provecho  
estaros en la ciudad.  
Récipe de matrimonio:  
allí es menester jarabes  
y tras diez días suaves  
purgalle con entimonio.  
Récipe signus celeste,  
que Capricornius dicitur:  
ese enfermo morietur,  
si no es que paciencia preste.  
Récipe que de una tienda  
joya o vestido sacabis:  
con tabletas confortabis  
la bolsa que tal emprenda.  
A esta traza, finalmente,  
van todo el año ensartando.  
Llega la paga; en pagando,  
o viva o muera el doliente,  
se rasga todo papel.  
Tú la cuenta has acabado,  
y el de Marcela has rasgado  
sin saber lo que hay en él.

TEODORO.

Ya tú debes de venir  
con el vino que otras veces.



TRISTÁN. Pienso que te desvaneces  
con lo que intentas subir.

TEODORO. Tristán, cuantos han nacido  
su ventura han de tener;  
no saberla conocer  
es el no haberla tenido.  
O morir en la porfía,  
o ser conde de Belflor.

TRISTÁN. César llamaron, señor,  
a aquel duque que traía  
escrito por gran blasón:  
«César o nada»; y en fin  
tuvo tan contrario el fin  
que al fin de su pretensión  
escribió una pluma airada,  
«César o nada, dijiste,  
y todo, César, lo fuiste,  
pues fuiste César y nada».

TEODORO. Pues tomo, Tristán, la empresa,  
y haga después la fortuna  
lo que quisiere.

*Salen MARCELA y DOROTEA.*

DOROTEA. Si a alguna  
de tus desdichas le pesa,  
de todas las que servimos  
a la condesa, soy yo.

MARCELA. En la prisión que me dio  
tan justa amistad hicimos,  
y yo me siento obligada  
de suerte, mi Dorotea,

que no habrá amiga que sea  
más de Marcela estimada.  
Anarda piensa que yo  
no sé cómo quiere a Fabio,  
porque della nació mi agravio;  
que a la condesa contó  
los amores de Teodoro.

DOROTEA. Teodoro está aquí.

MARCELA. ¡Mi bien!

TEODORO. Marcela, el paso detén.

MARCELA. ¿Cómo, mi bien, si te adoro,  
cuando a mis ojos te ofreces?

TEODORO. Mira lo que haces y dices,  
que en palacio los tapices  
han hablado algunas veces.  
¿De qué piensas que nació  
hacer figuras en ellos?  
De avisar que detrás dellos  
siempre algún vivo escuchó.  
Si un mudo viendo matar  
a un rey, su padre, dio voces,  
figuras que no conoces,  
pintadas sabrán hablar.

MARCELA. ¿Has leído mi papel?

TEODORO. Sin leerle le he rasgado;  
que estoy tan escarmentado  
que rasgué mi amor con él.

MARCELA. ¿Son los pedazos aquestos?

TEODORO. Sí, Marcela.

MARCELA. Y ya ¿mi amor  
has rasgado?

TEODORO. ¿No es mejor  
que vernos por puntos puestos  
en peligros tan extraños?  
Si tú de mi intento estás,  
no tratemos desto más  
para excusar tantos daños.

MARCELA. ¿Qué dices?

TEODORO. Que estoy dispuesto  
a no darle más enojos  
a la condesa.

MARCELA. En los ojos  
tuve muchas veces puesto  
el temor desta verdad.

TEODORO. Marcela, queda con Dios.  
Aquí acaba de los dos  
el amor, no el amistad.

MARCELA. ¿Tú dices eso, Teodoro,  
a Marcela?

TEODORO. Yo lo digo;  
que soy de quietud amigo  
y de guardar el decoro  
a la casa que me ha dado  
el ser que tengo.

MARCELA. Oye, advierte.

TEODORO. Déjame.

MARCELA. ¿De aquesta suerte  
me tratas?

TEODORO. ¡Qué necio enfado!

*Váyase.*

- MARCELA.            ¡Ah Tristán, Tristán!
- TRISTÁN.                                  ¿Qué quieres?
- MARCELA.            ¿Qué es esto?
- TRISTÁN.                                  Una mudancita;  
que a las mujeres imita  
Teodoro.
- MARCELA.                                  ¿Cuáles mujeres?
- TRISTÁN.            Unas de azúcar y miel.
- MARCELA.            Dile...
- TRISTÁN.            No me digas nada,  
que soy vaina desta espada,  
nema de aqueste papel,  
caja de aqueste sombrero,  
fieltro deste caminante,  
mudanza deste danzante,  
día deste vario hebrero,  
sombra deste cuerpo vano,  
posta de aquesta estafeta,  
rastros de aquesta cometa,  
tempestad deste verano,  
y finalmente, yo soy  
la uña de aqueste dedo,  
que en cortándome, no puedo  
decir que con él estoy.

*Váyase.*

- MARCELA.            ¿Qué sientes desto?

- DOROTEA. No sé,  
que a hablar no me atrevo.
- MARCELA. No.  
Pues yo hablaré.
- DOROTEA. Pues yo no.
- MARCELA. Pues yo sí.
- DOROTEA. Mira que fue  
bueno el aviso, Marcela,  
de los tapices que miras.
- MARCELA. Amor en celosas iras  
ningún peligro recela.  
A no saber cuán altiva  
es la condesa, dijera  
que Teodoro en algo espera,  
porque no sin causa priva  
tanto estos días Teodoro.
- DOROTEA. Calla, que estás enojada.
- MARCELA. Mas yo me veré vengada,  
ni soy tan necia que ignoro  
las tretas de hacer pesar.

*Sale FABIO.*

- FABIO. ¿Está el secretario aquí?
- MARCELA. ¿Es por burlarte de mí?
- FABIO. ¡Por Dios, que le ando a buscar!  
Que le llama mi señora.
- MARCELA. Fabio, que sea o no sea,  
pregúntale a Dorotea  
cuál puse a Teodoro agora.

¿No es majadero cansado  
este secretario nuestro?

FABIO.                     ¡Qué engaño tan necio el vuestro!  
¿Querréis que esté deslumbrado  
de los que los dos tratáis?  
¿Es concierto de los dos?

MARCELA.               ¿Concierto? ¡Bueno!

FABIO.   Por Dios,  
que pienso que me engaáis.

MARCELA.               Confieso, Fabio, que oí  
las locuras de Teodoro,  
mas yo sé que a un hombre adoro  
harto parecido a ti.

FABIO.                     ¿A mí?

MARCELA.               Pues ¿no te pareces  
a ti?

FABIO.                     Pues ¿a mí, Marcela?

MARCELA.               Si te hablo con cautela,  
Fabio, si no me enloqueces,  
si tu talle no me agrada,  
si no soy tuya, mi Fabio,  
mátame el mayor agravio,  
que es el querer despreciada.

FABIO.                     Es engaño conocido  
o tú te quieres morir,  
pues quieres restituir  
el alma que me has debido.  
Si es burla o es invención,  
¿a qué camina tu intento?

DOROTEA. Fabio, ten atrevimiento  
y aprovecha la ocasión;  
que hoy te ha de querer Marcela  
por fuerza.

FABIO. Por voluntad  
fuera amor, fuera verdad.

DOROTEA. Teodoro más alto vuela;  
de Marcela se descarta.

FABIO. Marcela, a buscarle voy.  
Bueno en sus desdenes soy;  
si amor te convierte en carta,  
el sobrescrito a Teodoro,  
y en su ausencia, denla a Fabio;  
mas yo perdono el agravio,  
aunque ofenda mi decoro,  
y de espacio te hablaré,  
siempre tuyo en bien o en mal.

*Váyase.*

DOROTEA. ¿Qué has hecho?

MARCELA. No sé; estoy tal,  
que de mí misma no sé.  
Anarda ¿no quiere a Fabio?

DOROTEA. Sí quiere.

MARCELA. Pues de los dos  
me vengo, que amor es dios  
de la envidia y del agravio.

*Salen la condesa y ANARDA.*

## Lope de Vega

---

- DIANA.           Ésta ha sido la ocasión;  
no me reprehendas más.
- ANARDA.        La disculpa que me das  
me ha puesto en más confusión.  
Marcela está aquí, señora,  
hablando con Dorotea.
- DIANA.           Pues no hay disgusto que sea  
para mí mayor agora.  
Salte allá afuera, Marcela.
- MARCELA.       Vamos, Dorotea, de aquí.  
Bien digo yo que de mí  
o se enfada o se recela.

*Váyanse MARCELA y DOROTEA.*

- ANARDA.        ¿Puédote hablar?
- DIANA.                                Ya bien puedes.
- ANARDA.        Los dos que de aquí se van  
ciegos de tu amor están;  
tú en desdeñarlos, excedes  
la condición de Anajarte,  
la castidad de Lucrecia;  
y quien a tantos desprecia...
- DIANA.           Ya me canso de escucharte.
- ANARDA.        ¿Con quién te piensas casar?  
¿No puede el marqués Ricardo,  
por generoso y gallardo,  
si no exceder, igualar  
al más poderoso y rico?  
Y la más noble mujer,  
¿también no lo puede ser



de tu primo Federico?  
¿Por qué los has despedido  
con tan extraño desprecio?

DIANA. Porque uno es loco, otro necio,  
y tú, en no haberme entendido,  
más, Anarda, que los dos.  
No los quiero, porque quiero,  
y quiero porque no espero  
remedio.

ANARDA. ¡Válame Dios!  
¿Tú quieres?

DIANA. ¿No soy mujer?

ANARDA. Sí, pero imagen de hielo,  
donde el mismo sol del cielo  
podrá tocar y no arder.

DIANA. Pues esos hielos, Anarda,  
dieron todos a los pies  
de un hombre humilde.

ANARDA. ¿Quién es?

DIANA. La vergüenza me acobarda  
que de mi propio valor  
tengo; no diré su nombre;  
basta que sepas que es hombre,  
que puede infamar mi honor.

ANARDA. Si Pasife quiso un toro,  
Semíramis un caballo,  
y otras los monstros que callo  
por no infamar su decoro,  
¿qué ofensa te puede hacer  
querer hombre, sea quien fuere?

## Lope de Vega

---

DIANA.                    Quien quiere, puede, si quiere,  
                                 como quiso, aborrecer.  
                                 Esto es lo mejor: yo quiero  
                                 no querer.

ANARDA.                    ¿Podrás?

DIANA.    Podré,  
                                 que si cuando quise amé,  
                                 no amar, en queriendo, espero.

### *Toquen dentro.*

¿Quién canta?

ANARDA.    Fabio con Clara.

DIANA.    ¡Ojalá que me diviertan!

ANARDA.    Música y amor conciertan  
                                 bien; en la canción repara.

### *Canten dentro.*

*¡Oh quién pudiera hacer, oh quién hiciese  
que en no queriendo amar aborreciese!*

*¡Oh quién pudiera hacer, oh quién hiciera  
que en no queriendo amar aborreciera!*

ANARDA.    ¿Qué te dice la canción?  
                                 ¿No ves que te contradice?

DIANA.    Bien entiendo lo que dice,  
                                 mas yo sé mi condición,  
                                 y sé que estará en mi mano,  
                                 como amar, aborrecer.

ANARDA.            Quien tiene tanto poder  
                          pasa del límite humano.

*TEODORO entre.*

TEODORO.        Fabio me ha dicho, señora,  
                          que le mandaste buscarme.

DIANA.            Horas ha que te deseo.

TEODORO.        Pues ya vengo a que me mandes,  
                          y perdona si he faltado.

DIANA.            Ya has visto a estos dos amantes,  
                          estos dos mis pretendientes.

TEODORO.        Sí, señora.

DIANA.                        Buenos talles  
                          tienen los dos.

TEODORO.                    Y muy buenos.

DIANA.            No quiero determinarme  
                          sin tu consejo. ¿Con cuál  
                          te parece que me case?

TEODORO.        Pues ¿qué consejo, señora,  
                          puedo yo en las cosas darte  
                          que consisten en tu gusto?  
                          Cualquiera que quieras darme  
                          por dueño, será el mejor.

DIANA.            Mal pagas el estimarte  
                          por consejero, Teodoro,  
                          en caso tan importante.

TEODORO.        Señora, en casa, ¿no hay viejos  
                          que entienden de casos tales?  
                          Otavio, tu mayordomo,

con experiencia lo sabe,  
fuera de su larga edad.

DIANA. Quiero yo que a ti te agrade  
el dueño que has de tener  
¿Tiene el marqués mejor talle  
que mi primo?

TEODORO. Sí, señora.

DIANA. Pues elijo al marqués; parte,  
y pídele las albricias.

*Váyase la condesa.*

TEODORO. ¿Hay desdicha semejante?  
¿Hay resolución tan breve?  
¿Hay mudanza tan notable?  
¿Éstos eran los intentos  
que tuve? ¡Oh sol, abrasadme  
las alas con que subí  
(pues vuestro rayo deshace  
las mal atrevidas plumas)  
a la belleza de un ángel!  
Cayó Diana en su error.  
¡Oh, qué mal hice en fiarme  
de una palabra amorosa!  
¡Ay! ¡Cómo entre desiguales  
mal se concierta el amor!  
Pero ¿es mucho que me engañen  
aquellos ojos a mí,  
si pudieran ser bastantes  
a hacer engaños a Ulises?  
De nadie puedo quejarme  
sino de mí, pero en fin,  
¿qué pierdo cuando me falte?



FABIO. Si debo amarte,  
muestra la obligación en que me has puesto.  
Voy como un rayo, y volveré a buscarte,  
satisfecho de ti, contento desto.  
Y alábase el marqués, que ha sido empresa  
de gran valor rendirse la condesa.

*Vase FABIO y sale TRISTÁN.*

TRISTÁN. Turbado a buscarte vengo.  
¿Es verdad lo que me han dicho?

TEODORO. ¡Ay Tristán! Verdad será  
si son desengaños míos.

TRISTÁN. Ya, Teodoro, en las dos sillas  
los dos batanes he visto  
que molieron a Diana,  
pero que hubiese elegido,  
hasta agora no lo sé.

TEODORO. Pues, Tristán, agora vino  
ese tornasol mudable,  
esa veleta, ese vidrio,  
ese río junto al mar,  
que vuelve atrás aunque es río;  
esa Diana, esa luna,  
esa mujer, ese hechizo,  
ese monstruo de mudanzas,  
que sólo perderme quiso  
por afrentar sus victorias;  
y que dijese me dijo  
cuál de los dos me agradaba,  
porque sin consejo mío  
no se pensaba casar.  
Quedé muerto y tan perdido,

que no responder locuras  
fue de mi locura indicio;  
díjome, en fin, que el marqués  
le agradaba y que yo mismo  
fuese a pedir las albricias.

TRISTÁN. Ella, en fin, ¿tiene marido?

TEODORO. El marqués Ricardo.

TRISTÁN. Pienso  
que a no verte sin juicio,  
y porque dar aflicción  
no es justo a los afligidos,  
que agora te diera vaya  
de aquel pensamiento altivo  
con que a ser conde aspirabas.

TEODORO. Si aspiré, Tristán, ya expiro.

TRISTÁN. La culpa tienes de todo.

TEODORO. No lo niego, que yo he sido  
fácil en creer los ojos  
de una mujer.

TRISTÁN. Yo te digo  
que no hay vasos de veneno  
a los mortales sentidos,  
Teodoro, como los ojos  
de una mujer.

TEODORO. De corrido,  
te juro, Tristán, que apenas  
puedo levantar los míos.  
Esto pasó, y el remedio  
es sepultar en olvido  
el suceso y el amor.

TRISTÁN.           ¡Qué arrepentido y contrito  
has de volver a Marcela!

TEODORO.           Presto seremos amigos.

*Sale MARCELA.*

MARCELA.           ¡Qué mal que finge amor quien no le tiene!  
¡Qué mal puede olvidarse amor de un año,  
pues mientras más el pensamiento engaño,  
más atrevido a la memoria viene!  
Pero si es fuerza y al honor conviene,  
remedio suele ser del desengaño  
curar el propio amor amor extraño;  
que no es poco remedio el que entretiene.  
Mas ¡ay! que imaginar que puede amarse  
en medio de otro amor es atreverse  
a dar mayor venganza por vengarse.  
Mejor es esperar que no perderse,  
que suele alguna vez, pensando helarse,  
amor con los remedios encenderse.

TEODORO.           Marcela.

MARCELA.                           ¿Quién es?

TEODORO.                                   Yo soy.

¿Así te olvidas de mí?

MARCELA.           Y tan olvidada estoy,  
que a no imaginar en ti  
fuera de mí misma voy.  
Porque si en mí misma fuera,  
te imaginara y te viera,  
que para no imaginarte,  
tengo el alma en otra parte,  
aunque olvidarte no quiera.



¿Cómo me osaste nombrar?  
¿Cómo cupo en esa boca  
mi nombre?

TEODORO.                               Quise probar  
tu firmeza, y es tan poca  
que no me ha dado lugar.  
Ya dicen que se empleó  
tu cuidado en un sujeto  
que mi amor substituyó.

MARCELA.                               Nunca, Teodoro, el discreto  
mujer ni vidrio probó.  
Mas no me des a entender  
que prueba quisiste hacer;  
yo te conozco, Teodoro:  
unos pensamientos de oro  
te hicieron enloquecer.  
¿Cómo te va? ¿No te salen  
como tú los imaginas?  
¿No te cuestan lo que valen?  
¿No hay dichas que las divinas  
partes de tu dueño igualen?  
¿Qué ha sucedido? ¿Qué tienes?  
Turbado, Teodoro, vienes.  
¿Mudóse aquel vendaval?  
¿Vuelves a buscar tu igual,  
o te burlas y entretienes?  
Confieso que me holgaría  
que dieras a mi esperanza,  
Teodoro, un alegre día.

TEODORO.                               Si le quieres con venganza,  
¿qué mayor, Marcela mía?  
Pero mira que el amor  
es hijo de la nobleza;

no muestres tanto rigor;  
que es la venganza bajeza  
indigna del vencedor.  
Venciste: yo vuelvo a ti,  
Marcela, que no salí  
con aquel mi pensamiento.  
Perdona el atrevimiento,  
si ha quedado amor en ti.  
No porque no puede ser  
proseguir las esperanzas  
con que te pude ofender,  
mas porque en estas mudanzas  
memorias me hacen volver.  
Sean, pues, estas memorias  
parte a despertar la tuya,  
pues confieso tus vitorias.

MARCELA.

No quiera Dios que destruya  
los principios de tus glorias.  
Sirve, bien haces, porfía,  
no te rindas, que dirá  
tu dueño que es cobardía;  
sigue tu dicha, que ya  
voy prosiguiendo la mía.  
No es agravio amar a Fabio,  
pues me dejaste, Teodoro,  
sino el remedio más sabio,  
que aunque el dueño no mejoro,  
basta vengar el agravio.  
Y quédate a Dios, que ya  
me cansa el hablar contigo;  
no venga Fabio, que está  
medio casado conmigo.

TEODORO.

Tenla, Tristán; que se va.

TRISTÁN. Señora, señora, advierte  
que no es volver a quererte  
dejar de haberte querido.  
Disculpa el buscarte ha sido,  
si ha sido culpa ofenderte.  
Óyeme, Marcela, a mí.

MARCELA. ¿Qué quieres, Tristán?

TRISTÁN. Espera.

*Salen la condesa y ANARDA.*

DIANA. ¡Teodoro y Marcela aquí!

ANARDA. ¿Parece que el ver te altera  
que estos dos se hablen así?

DIANA. Toma, Anarda, esa antepuerta  
y cubrámonos las dos.  
Amor con celos despierta.

MARCELA. Déjame, Tristán, por Dios.

ANARDA. Tristán a los dos concierta,  
que deben de estar reñidos.

DIANA. El alcahuete lacayo  
me ha quitado los sentidos.

TRISTÁN. No pasó más presto el rayo  
que por sus ojos y oídos  
pasó la necia belleza  
desa mujer que le adora.  
Ya desprecia su riqueza,  
que más riqueza atesora  
tu gallarda gentileza.  
Haz cuenta que fue cometa



- TRISTÁN. No jures.
- MARCELA. Aunque le muestro  
enojo, ya me desmayo.
- TRISTÁN. Pues tente firme.
- DIANA. ¡Qué diestro  
está el bellaco lacayo!
- MARCELA. Déjame, Tristán, que tengo  
que hacer.
- TEODORO. Déjala, Tristán.
- TRISTÁN. Por mí, vaya.
- TEODORO. Tenla.
- MARCELA. Vengo,  
mi amor.
- TRISTÁN. ¿Cómo no se van  
ya, que a ninguno detengo?
- MARCELA. ¡Ay, mi bien! Ni puedoirme.
- TEODORO. Ni yo, porque no es tan firme  
ninguna roca en la mar.
- MARCELA. Los brazos te quiero dar.
- TEODORO. Y yo a los tuyos asirme.
- TRISTÁN. Si yo no era menester  
¿por qué me hicistes cansar?
- ANARDA. ¿Desto gustas?
- DIANA. Vengo a ver  
lo poco que hay que fiar  
de un hombre y una mujer.
- TEODORO. ¡Ay! ¡Qué me has dicho de afrentas!

- TRISTÁN. Yo he caído ya con veros  
juntar las almas contentas,  
que es desgracia de terceros  
no se concertar las ventas.
- MARCELA. Si te trocare, mi bien,  
por Fabio, ni por el mundo,  
que tus agravios me den  
la muerte.
- TEODORO. Hoy de nuevo fundo,  
Marcela, mi amor también,  
y si te olvidare, digo  
que me dé el cielo en castigo  
el verte en brazos de Fabio.
- MARCELA. ¿Quieres deshacer mi agravio?
- TEODORO. ¿Qué no haré por ti y contigo?
- MARCELA. Di que todas las mujeres  
son feas.
- TEODORO. Contigo, es claro.  
Mira qué otra cosa quieres.
- MARCELA. En ciertos celos reparo,  
ya que tan mi amigo eres;  
que no importa que esté aquí  
Tristán.
- TRISTÁN. Bien podéis por mí,  
aunque de mí mismo sea.
- MARCELA. Di que la condesa es fea.
- TEODORO. Y un demonio para mí.
- MARCELA. ¿No es necia?
- TEODORO. Por todo extremo.

- MARCELA.           ¿No es bachillera?
- TEODORO.                               Es cuitada.
- DIANA.                Quiero estorbarlos, que temo  
que no reparen en nada,  
y aunque me hielo, me quemó.
- ANARDA.             ¡Ay señora! No hagas tal.
- TRISTÁN.             Cuando queráis decir mal  
de la condesa y su talle,  
a mí me oíd.
- DIANA.                                ¿Escuchalle  
podré desvergüenza igual?
- TRISTÁN.             Lo primero...
- DIANA.                                Yo no aguardo  
a lo segundo, que fuera  
necedad.
- MARCELA.                Voyme, Teodoro.

*Váyase con una reverencia MARCELA.*

- TRISTÁN.             ¿La condesa?
- TEODORO.                               ¡La condesa!
- DIANA.                Teodoro.
- TEODORO.                Señora, advierte...
- TRISTÁN.             El cielo a tronar comienza;  
no pienso aguardar los rayos.

*Vase TRISTÁN.*

## Lope de Vega

---

- DIANA. Anarda, un bufete llega.  
Escribiráme Teodoro  
una carta de su letra,  
pero notándola yo.
- TEODORO. Todo el corazón me tiembla,  
si oyó lo que hablado habemos.
- DIANA. Bravamente amor despierta  
con los celos a los ojos.  
¡Que aqueste amase a Marcela,  
y que yo no tenga partes  
para que también me quiera!  
¡Que se burlasen de mí!
- TEODORO. Ella murmura y se queja;  
bien digo yo que en palacio,  
para que a callar aprenda,  
tapices tienen oídos  
y paredes tienen lenguas.

*Sale ANARDA con un bufetillo pequeño y recado de escribir.*

- ANARDA. Este pequeño he traído,  
y tu escribanía.
- DIANA. Llega,  
Teodoro, y toma la pluma.
- TEODORO. Hoy me mata o me destierra.
- DIANA. Escribe.
- TEODORO. Di.
- DIANA. No estás bien  
con la rodilla en la tierra;  
ponle, Anarda, una almohada.



- TEODORO. Yo estoy bien.
- DIANA. Pónsela, necia.
- TEODORO. No me agrada este favor  
sobre enojos y sospechas;  
que quien honra las rodillas  
cortar quiere la cabeza.  
Yo aguardo.
- DIANA. Yo digo ansí.
- TEODORO. Mil cruces hacer quisiera.

*Siéntese la condesa en una silla alta. Ella diga y él vaya escribiendo.*

- DIANA. «Cuando una mujer principal se ha declarado con un hombre humilde, eslo mucho el término de volver a hablar con otra, mas quien no estima su fortuna, quédese para necio.»
- TEODORO. ¿No dices más?
- DIANA. Pues ¿qué más?  
El papel, Teodoro, cierra.
- ANARDA. ¿Qué es esto que haces, señora?
- DIANA. Necedades de amor llenas.
- ANARDA. Pues ¿a quién tienes amor?
- DIANA. ¿Aún no le conoces, bestia?  
Pues yo sé que le murmuran  
de mi casa hasta las piedras.
- TEODORO. Ya el papel está cerrado;  
sólo el sobrescrito resta.

Lope de Vega

---

DIANA. Pon, Teodoro, para ti,  
y no lo entienda Marcela;  
que quizá le entenderás  
cuando de espacio le leas.

*Váyase y quede solo, y entre MARCELA.*

TEODORO. ¡Hay confusión tan extraña!  
¡Que aquesta mujer me quiera  
con pausas, como sangría,  
y que tenga intercadencias  
el pulso de amor tan grandes!

*Sale MARCELA.*

MARCELA. ¿Qué te ha dicho la condesa,  
mi bien? Que he estado temblando  
detrás de aquella antepuerta.

TEODORO. Díjome que te quería  
casar con Fabio, Marcela,  
y este papel que escribí  
es que despacha a su tierra  
por los dineros del dote.

MARCELA. ¿Qué dices?

TEODORO. Sólo que sea  
para bien, y pues te casas,  
que de burlas ni de veras  
tomes mi nombre en tu boca.

MARCELA. Oye.

TEODORO. Es tarde para quejas.

*Váyase.*

MARCELA. No, no puedo yo creer  
que aquesta la ocasión sea.  
Favores de aquesta loca  
le han hecho dar esta vuelta;  
que él está como arcaduz,  
que cuando baja, le llena  
del agua de su favor,  
y cuando sube, le mengua.  
¡Ay de mí, Teodoro ingrato,  
que luego que su grandeza  
te toca al arma, me olvidas!  
Cuando te quiere me dejas,  
cuando te deja me quieres.  
¿Quién ha de tener paciencia?

*Sale el marqués y FABIO.*

RICARDO. No pude, Fabio, detenerme un hora.  
Por tal merced le besaré las manos.

FABIO. Dile presto, Marcela, a mi señora  
que está el marqués aquí.

MARCELA. Celos tiranos,  
celos crueles, ¿qué queréis agora,  
tras tantos locos pensamientos vanos?

FABIO. ¿No vas?

MARCELA. Ya voy.

FABIO. Pues dile que ha venido  
nuestro nuevo señor y su marido.

*Vase MARCELA.*

- RICARDO. Id, Fabio, a mi posada; que mañana os daré mil escudos y un caballo de la casta mejor napolitana.
- FABIO. Sabré, si no servillo, celebrallo.
- RICARDO. Este es principio solo, que Diana os tiene por criado y por vasallo, y yo por sólo amigo.
- FABIO. Esos pies beso.
- RICARDO. No pago ansí; la obligación confieso.
- DIANA. ¿Vuseñoría aquí?
- RICARDO. Pues ¿no era justo si me enviáis con Fabio tal recado, y que después de aquel mortal disgusto, me elegís por marido y por criado? Dadme esos pies; que de manera el gusto de ver mi amor en tan dichoso estado me vuelve loco, que le tengo en poco si me contento con volverme loco. ¿Cuándo pensé, señora, mereceros, ni llegar a más bien que deseáros?
- DIANA. No acierto, aunque lo intento, a responderos. ¿Yo he enviado a llamaros? O ¿es burlaros?
- RICARDO. Fabio, ¿qué es esto?
- FABIO. ¿Pude yo traeros sin ocasión agora, ni llamaros, menos que de Teodoro prevenido?
- DIANA. Señor marqués, Teodoro culpa ha sido. Oyóme anteponer a Federico

vuestra persona, con ser primo hermano  
y caballero generoso y rico,  
y presumió que os daba ya la mano.  
A vuestra señoría le suplico  
perdone aquestos necios.

RICARDO. Fuera en vano  
dar a Fabio perdón, si no estuviera  
adonde vuestra imagen le valiera.  
Bésoos los pies por el favor, y espero  
que ha de vencer mi amor esta porfía.

*Váyase el marqués.*

DIANA. ¿Paréceos bien aquesto, majadero?

FABIO. ¿Por qué me culpa a mi vuseñoría?

DIANA. Llamad luego a Teodoro. ¡Qué ligero  
este cansado pretensor venía,  
cuando me matan celos de Teodoro!

FABIO. Perdí el caballo y mil escudos de oro.

*Váyase FABIO y quede la condesa sola.*

DIANA. ¿Qué me quieres, amor? ¿Ya no tenía  
olvidado a Teodoro? ¿Qué me quieres?  
Pero responderás que tú no eres,  
sino tu sombra, que detrás venía.  
¡Oh celos! ¿Qué no hará vuestra porfía?  
Malos letrados sois con las mujeres,  
pues jamás os pidieron pareceres  
que pudiese el honor guardarse un día.  
Yo quiero a un hombre bien, mas se me acuerda  
que yo soy mar y que es humilde barco,

y que es contra razón que el mar se pierda.  
En gran peligro, amor, el alma embarco,  
mas si tanto el honor tira la cuerda,  
por Dios, que temo que se rompa el arco.

*Sale TEODORO y FABIO.*

FABIO. Pensó matarme el marqués;  
pero, la verdad diciendo,  
más sentí los mil escudos.

TEODORO. Yo quiero darte un consejo.

FABIO. ¿Cómo?

TEODORO. El conde Federico  
estaba perdiendo el seso  
porque el marqués se casaba.  
Parte y di que el casamiento  
se ha deshecho, y te dará  
esos mil escudos luego.

FABIO. Voy como un rayo.

TEODORO. Camina.  
¿Llamábasme?

DIANA. Bien ha hecho  
ese necio en irse agora.

TEODORO. Un hora he estado leyendo  
tu papel, y bien mirado,  
señora, tu pensamiento,  
hallo que mi cobardía  
procede de tu respeto;  
pero que ya soy culpado  
en tenerle, como necio,  
a tus muchas diligencias,

y así, a decir me resuelvo  
que te quiero, y que es disculpa  
que con respeto te quiero.  
Temblando estoy, no te espantes.

DIANA. Teodoro, yo te lo creo.  
¿Por qué no me has de querer,  
si soy tu señora y tengo  
tu voluntad obligada,  
pues te estimo y favorezco  
más que a los otros criados?

TEODORO. Ese lenguaje no entiendo.

DIANA. No hay más que entender, Teodoro,  
ni pasar el pensamiento  
un átomo desta raya.  
Enfrena cualquier deseo;  
que de una mujer, Teodoro,  
tan principal, y más, siendo  
tus méritos tan humildes,  
basta un favor muy pequeño  
para que toda la vida  
vivas honrado y contento.

TEODORO. Cierta que vuseñoría  
(perdóneme si me atrevo)  
tiene en el juicio a veces,  
que no en el entendimiento,  
mil lúcidos intervalos.  
¿Para qué puede ser bueno  
haberme dado esperanzas  
que en tal estado me han puesto,  
pues del peso de mis dichas  
caí, como sabe, enfermo  
casi un mes en una cama  
luego que tratamos desto,

si cuando ve que me enfrío  
se abrasa de vivo fuego,  
y cuando ve que me abraso,  
se hiela de puro hielo?  
Dejáme con Marcela.  
Mas viénele bien el cuento  
del Perro del Hortelano.  
No quiere, abrasada en celos,  
que me case con Marcela;  
y en viendo que no la quiero,  
vuelve a quitarme el juicio,  
y a despertarme si duermo;  
pues coma o deje comer,  
porque yo no me sustento  
de esperanzas tan cansadas;  
que si no, desde aquí vuelvo  
a querer donde me quieren.

DIANA.

Eso no, Teodoro, advierto  
que Marcela no ha de ser.  
En otro cualquier sujeto  
pon los ojos; que en Marcela  
no hay remedio.

TEODORO.

¿No hay remedio?

Pues ¿quiere vuseñoría  
que, si me quiere y la quiero,  
han de aprobar voluntades?  
¿Tengo yo de tener puesto,  
adonde no tengo gusto,  
mi gusto por el ajeno?  
Yo adoro a Marcela y ella  
me adora, y es muy honesto  
este amor.



DIANA.                                        ¡Pícaro infame!  
Haré yo que os maten luego.

TEODORO.                                  ¿Qué hace vuseñoría?

DIANA.                                        Daros, por sucio y grosero,  
estos bofetones.

*Sale FABIO, y el conde FEDERICO.*

FABIO.                                        Tente.

FEDERICO.                                  Bien dices, Fabio, no entremos.  
Pero mejor es llegar.  
Señora mía, ¿qué es esto?

DIANA.                                        No es nada: enojos que pasan  
entre criados y dueños.

FEDERICO.                                  ¿Quiere vuestra señoría  
alguna cosa?

DIANA.                                        No quiero  
más de hablaros en las mías.

FEDERICO.                                  Quisiera venir a tiempo,  
que os hallara con más gusto.

DIANA.                                        Gusto, Federico, tengo,  
que aquestas son niñerías.  
Entrad y sabréis mi intento  
en lo que toca al marqués.

*Váyase DIANA.*

FEDERICO.                                  Fabio.

FABIO.                                        Señor.

FEDERICO. Yo sospecho  
que en estos disgustos hay  
algunos gustos secretos.

FABIO. No sé, por Dios. Admirado  
de ver, señor conde, quedo  
tratar tan mal a Teodoro,  
cosa que jamás ha hecho  
la condesa mi señora.

FEDERICO. Bañóle de sangre el lienzo.

*Váyanse FEDERICO y FABIO.*

TEODORO. Si aquesto no es amor, ¿qué nombre quieres,  
Amor, que tengan desatinos tales?  
Si así quieren mujeres principales,  
furias las llamo yo, que no mujeres.  
Si la grandeza excusa los placeres  
que iguales pueden ser en desiguales,  
¿por qué, enemiga, de crueldad te vales,  
y por matar a quien adoras, mueres?  
¡Oh mano poderosa de matarme!  
¡Quién te besara entonces, mano hermosa,  
agradecido al dulce castigarme!  
No te esperaba yo tan rigurosa,  
pero si me castigas por tocarme,  
tú sola hallaste gusto en ser celosa.

*Sale TRISTÁN.*

TRISTÁN. Siempre tengo de venir  
acabados los sucesos;  
parezco espada cobarde.

- TEODORO.            ¡Ay Tristán!
- TRISTÁN.                    Señor, ¿qué es esto?  
¡Sangre en el lienzo!
- TEODORO.                    Con sangre  
quiere amor que de los celos  
entre la letra.
- TRISTÁN.                    Por Dios,  
que han sido celos muy necios.
- TEODORO.            No te espantes, que está loca  
de un amoroso deseo,  
y como el ejecutarle  
tiene su honor por desprecio,  
quiere deshacer mi rostro,  
porque es mi rostro el espejo  
adonde mira su honor,  
y véngase en verle feo.
- TRISTÁN.            Señor, que Juana o Lucía  
cierren conmigo por celos,  
y me rompan con las uñas  
el cuello que ellas me dieron,  
que me repelen y arañen  
sobre averiguar por cierto  
que les hice un peso falso,  
vaya; es gente de pandero,  
de media de cordellate  
y de zapato fraileSCO;  
pero que tan gran señora  
se pierda tanto el respeto  
a sí misma, es vil acción.
- TEODORO.            No sé, Tristán; pierdo el seso  
de ver que me está adorando  
y que me aborrece luego.

No quiere que sea suyo  
ni de Marcela, y si de  
de mirarla, luego busca  
para hablarme algún enredo.  
No dudes, naturalmente  
es del hortelano el perro:  
ni come ni comer deja,  
ni está fuera ni está dentro.

TRISTÁN.

Contáronme que un doctor,  
catedrático y maestro,  
tenía un ama y un mozo  
que siempre andaban riñendo.  
Reñían a la comida,  
a la cena, y hasta el sueño  
le quitaban con sus voces;  
que estudiar, no había remedio.  
Estando en lición un día,  
fuele forzoso corriendo  
volver a casa, y entrando  
de improviso en su aposento,  
vio el ama y mozo acostados  
con amorosos requiebros,  
y dijo: «¡Gracias a Dios,  
que una vez en paz os veo!»  
Y esto imagino de entrambos,  
aunque siempre andáis riñendo.

*Sale la condesa.*

DIANA.

Teodoro.

TEODORO.

Señora.

TRISTÁN.

¿Es duende  
esta mujer?



## Lope de Vega

---

- DIANA. Para que esta sangre quiero.  
Habla a Otavio, a quien agora  
mandé que te diese luego  
dos mil escudos, Teodoro.
- TEODORO. ¿Para qué?
- DIANA. Para hacer lienzos.

### *Váyase la condesa*

- TEODORO. ¡Hay disparates iguales!
- TRISTÁN. ¡Qué encantamientos son estos!
- TEODORO. Dos mil escudos me ha dado.
- TRISTÁN. Bien puedes tomar al precio  
otros cuatro bofetones.
- TEODORO. Dice que son para lienzos  
y llevó el mío con sangre.
- TRISTÁN. Pagó la sangre y te ha hecho  
doncella por las narices.
- TEODORO. No anda mal agora el perro,  
pues después que muerde halaga.
- TRISTÁN. Todos aquestos extremos  
han de parar en el ama  
del doctor.
- TEODORO. ¡Quiéralo el cielo!

## Acto tercero

*Salen FEDERICO y RICARDO.*

RICARDO. ¿Esto vistes?

FEDERICO. Esto vi.

RICARDO. ¿Y que le dio bofetones?

FEDERICO. El servir tiene ocasiones,  
mas no lo son para mí,  
que al poner una mujer  
de aquellas prendas la mano  
al rostro de un hombre, es llano  
que otra ocasión puede haber.  
Y bien veis que lo acredita  
el andar tan mejorado.

RICARDO. Ella es mujer y él criado.

FEDERICO. Su perdición solicita.  
La fábula que pintó  
el filósofo moral  
de las dos ollas, ¡qué igual  
hoy a los dos la vistió!  
Era de barro la una,  
la otra de cobre o hierro,  
que un río a los pies de un cerro  
llevó con varia fortuna.  
Desvióse la de barro  
de la de cobre, temiendo  
que la quebrase, y yo entiendo  
pensamiento tan bizarro

del hombre y de la mujer,  
hierro y barro, y no me espanto,  
pues acercándose tanto,  
por fuerza se han de romper.

RICARDO. La altivez y bizarría  
de Diana me admiró,  
y bien puede ser que yo  
viese y no viese aquel día,  
mas ver caballos y pajes  
en Teodoro, y tantas galas,  
¿qué son sino nuevas alas?  
Pues criados, oro y trajes  
no los tuviera Teodoro  
sin ocasión tan notable.

FEDERICO. Antes que desto se hable  
en Nápoles y el decoro  
de vuestra sangre se ofenda,  
sea o no sea verdad,  
ha de morir.

RICARDO. Y es piedad  
matarle, aunque ella lo entienda.

FEDERICO. ¿Podrá ser?

RICARDO. Bien puede ser,  
que hay en Nápoles quien vive  
de eso y en oro recibe  
lo que en sangre ha de volver.  
No hay más de buscar un bravo,  
y que le despache luego.

FEDERICO. Por la brevedad os ruego.

RICARDO. Hoy tendrá su justo pago  
semejante atrevimiento.



FEDERICO.       ¿Son bravos éstos?  
RICARDO.                               Sin duda.  
FEDERICO.       El cielo ofendido ayuda  
                          vuestro justo pensamiento.

*Salen FURIO, ANTONELO y LIRANO, lacayos y TRISTÁN,  
vestido de nuevo.*

FURIO.               Pagar tenéis el vino en alboroque  
                          del famoso vestido que os han dado.  
ANTONELO.       Eso bien sabe el buen Tristán que es justo.  
TRISTÁN.           Digo, señores, que de hacerlo gusto.  
LIRANO.            Bravo salió el vestido.  
TRISTÁN.                                Todo aquello  
                          es cosa de chacota y zarandajas,  
                          respeto del lugar que tendré presto.  
                          Si no muda los bolos la fortuna,  
                          secretario he de ser del secretario.  
LIRANO.            Mucha merced le hace la condesa  
                          a vuestro amo, Tristán.  
TRISTÁN.                                Es su privanza,  
                          es su mano derecha y es la puerta  
                          por donde se entra a su favor.  
ANTONELO.                                Dejemos  
                          favores y fortunas, y bebamos.  
FURIO.            En este tabernáculo sospecho  
                          que hay lágrima famosa y malvasía.  
TRISTÁN.            Probemos vino greco; que deseo  
                          hablar en griego, y con beberlo basta.

## Lope de Vega

---

- RICARDO.                    Aquél moreno del color quebrado  
me parece el más bravo, pues que todos  
le estiman, hablan y hacen cortesía.  
Celio...
- CELIO.                                Señor.
- RICARDO.                               De aquellos gentileshombres  
llama al descolorido.
- CELIO.    ¡Ah caballero!  
Antes que se entre en esa santa ermita,  
el marqués, mi señor, hablarle quiere.
- TRISTÁN.                    Camaradas, allí me llama un príncipe;  
no puedo rehusar el ver qué manda.  
Entren, y tomen siete o ocho azumbres,  
y aperciban dos dedos de formache,  
en tanto que me informo de su gusto.
- ANTONELO.                    Pues despachad a prisa.
- TRISTÁN.    Iré volando.  
¿Qué es lo que manda vuestra señoría?
- RICARDO.                    El veros entre tanta valentía  
nos ha obligado, al conde Federico  
y a mí, para saber si seréis hombre  
para matar un hombre.
- TRISTÁN.    ¡Vive el cielo,  
que son los pretendientes de mi ama  
y que hay algún enredo! Fingir quiero.
- FEDERICO.                    ¿No respondéis?
- TRISTÁN.    Estaba imaginando  
si vuestra señoría está burlando  
de nuestro modo de vivir. Pues vive  
el que reparte fuerzas a los hombres,

que no hay en toda Nápoles espada  
que no tiemble de sólo el nombre mío.  
¿No conocéis a Héctor? Pues no hay Héctor  
adonde está mi furibundo brazo;  
que si él lo fue de Troya, yo de Italia.

FEDERICO.                   Éste es, marqués, el hombre que buscamos.  
Por vida de los dos, que no burlamos,  
sino que si tenéis conforme al nombre  
el ánimo y queréis matar a un hombre,  
que os demos el dinero que quisiéredes.

TRISTÁN.                   Con docientos escudos me contento,  
y sea el diablo.

RICARDO.   Yo os daré trecientos,  
y despachalde aquesta noche.

TRISTÁN.   El nombre  
del hombre espero, y parte del dinero.

RICARDO.                   ¿Conocéis a Diana, la condesa  
de Belflor?

TRISTÁN.   Y en su casa tengo amigos.

RICARDO.                   ¿Mataréis un criado de su casa?

TRISTÁN.                   Mataré los criados y criadas  
y los mismos frisonos de su coche.

RICARDO.                   Pues a Teodoro habéis de dar la muerte.

TRISTÁN.                   Eso ha de ser, señores, de otra suerte,  
porque Teodoro, como yo he sabido,  
no sale ya de noche, temeroso  
por ventura de haberos ofendido;  
que le sirva estos días me ha pedido.  
Dejádmele servir, y yo os ofrezco  
de darle alguna noche dos mojas,

con que el pobreto *in pace requiescat*  
y yo quede seguro y sin sospecha.  
¿Es algo lo que digo?

FEDERICO. No pudiera  
hallarse en toda Nápoles un hombre  
que tan seguramente le matara.  
Servilde, pues, y así al descuido un día  
pegalde, y acudid a nuestra casa.

TRISTÁN. Yo he menester agora cien escudos.

RICARDO. Cincuenta tengo en esta bolsa; luego  
que yo os vea en su casa de Diana,  
os ofrezco los ciento y muchos cientos.

TRISTÁN. Eso de muchos cientos no me agrada.  
Vayan vusiñorías en buen hora,  
que me aguardan Mastranzo, Rompe-muros,  
Mano de hierro, Arfuz y Espanta-diablos,  
y no quiero que acaso piensen algo.

RICARDO. Decís muy bien; adiós.

FEDERICO. ¡Qué gran ventura!

RICARDO. A Teodoro contalde por difunto.

FEDERICO. El bellacón, ¡qué bravo talle tiene!

*Váyanse FEDERICO, RICARDO y CELIO.*

TRISTÁN. Avisar a Teodoro me conviene.  
Perdone el vino greco, y los amigos.  
A casa voy, que está de aquí muy lejos.  
Mas éste me parece que es Teodoro.

*Sale TEODORO.*

TRISTÁN. Señor, ¿adónde vas?

TEODORO. Lo mismo ignoro,  
porque de suerte estoy, Tristán amigo,  
que no sé dónde voy ni quién me lleva.  
Solo y sin alma, el pensamiento sigo  
que al sol me dice que la vista atreva.  
Ves cuánto ayer Diana habló conmigo.  
Pues hoy de aquel amor se halló tan nueva  
que apenas jurarás que me conoce,  
porque Marcela de mi mal se goce.

TRISTÁN. Vuelve hacia casa; que a los dos importa  
que no nos vean juntos.

TEODORO. ¿De qué suerte?

TRISTÁN. Por el camino te diré quién corta  
los pasos dirigidos a tu muerte.

TEODORO. ¿Mi muerte? Pues ¿por qué?

TRISTÁN. La voz reporta  
y la ocasión de tu remedio advierte:  
Ricardo y Federico me han hablado,  
y que te dé la muerte concertado.

TEODORO. ¿Ellos a mí?

TRISTÁN. Por ciertos bofetones  
el amor de tu dueño conjeturan,  
y pensando que soy de los leones  
que a tales homicidios se aventuran,  
tu vida me han trocado a cien doblones,  
y con cincuenta escudos me aseguran.  
Yo dije que un amigo me pedía  
que te sirviese, y que hoy te serviría  
donde más fácilmente te matase,  
a efecto de guardarte desta suerte.

## Lope de Vega

---

- TEODORO.                   ¡Pluguiera a Dios que alguno me quitase  
la vida y me sacase desta muerte!
- TRISTÁN.                   ¿Tan loco estás?
- TEODORO.                   No quieres que me abraze  
por tan dulce ocasión, Tristán, advierte  
que si Diana algún camino hallara  
de disculpa, conmigo se casara.  
Teme su honor, y cuando más se abraza,  
se hiela y me desprecia.
- TRISTÁN.                   Si te diese  
remedio, ¿qué dirás?
- TEODORO.                   Que a ti se pasa  
de Ulises el espíritu.
- TRISTÁN.                   Si fuese  
tan ingenioso que a tu misma casa  
un generoso padre te trajese  
con que fueses igual a la condesa,  
¿no saldrías, señor, con esta empresa?
- TEODORO.                   Eso es sin duda.
- TRISTÁN.                   El conde Ludovico,  
caballero ya viejo, habrá veinte años  
que enviaba a Malta un hijo de tu nombre  
que era sobrino de su gran maestre;  
cautiváronle moros de Biserta,  
y nunca supo dél muerto, ni vivo;  
éste ha de ser tu padre, y tú su hijo,  
y yo lo he de trazar.
- TEODORO.                   Tristán, advierte  
que puedes levantar alguna cosa  
que nos cueste a los dos la honra y vida.

TRISTÁN. A casa hemos llegado. A Dios te queda;  
que tú serás marido de Diana  
antes que den las doce de mañana.

*Váyase TRISTÁN.*

TEODORO. Bien al contrario pienso yo dar medio  
a tanto mal, pues el amor bien sabe  
que no tiene enemigo que le acabe  
con más facilidad que tierra en medio.  
Tierra quiero poner, pues que remedio,  
con ausentarme, amor, rigor tan grave,  
pues no hay rayo tan fuerte que se alabe  
que entró en la tierra, de tu ardor remedio.  
Todos los que llegaron a este punto,  
poniendo tierra en medio te olvidaron;  
que en tierra al fin le resolvieron junto.  
Y la razón que de olvidar hallaron,  
es que amor se confiesa por difunto,  
pues que con tierra en medio le enterraron.

*Sale la condesa.*

DIANA. ¿Estás ya mejorado  
de tus tristezas, Teodoro?

TEODORO. Si en mis tristezas adoro,  
sabré estimar mi cuidado.  
No quiero yo mejorar  
de la enfermedad que tengo,  
pues sólo a estar triste vengo,  
cuando imagino sanar.  
¡Bien hayan males que son  
tan dulce para sufrir,

que se ve un hombre morir,  
y estima su perdición!  
Sólo me pesa que ya  
esté mi mal en estado  
que he de alejar mi cuidado  
de donde su dueño está.

DIANA. ¿Ausentarte? Pues ¿por qué?

TEODORO. Quiérenme matar.

DIANA. Sí harán.

TEODORO. Envidia a mi mal tendrán,  
que bien al principio fue.  
Con esta ocasión, te pido  
licencia para irme a España.

DIANA. Será generosa hazaña  
de un hombre tan entendido,  
que con esto quitarás  
la ocasión de tus enojos,  
y aunque des agua a mis ojos,  
honra a mi casa darás.  
Que desde aquel bofetón,  
Federico me ha tratado  
como celoso, y me ha dado  
para dejarte ocasión.  
Vete a España, que yo haré  
que te den seis mil escudos.

TEODORO. Haré tus contrarios mudos  
con mi ausencia. Dame el pie.

DIANA. Anda, Teodoro. No más;  
déjame, que soy mujer.

TEODORO. Lloro, mas ¿qué puedo hacer?

DIANA. En fin, Teodoro, ¿te vas?



TEODORO.            Sí, señora.

DIANA.                            Espera. Vete.  
   Oye.

TEODORO.            ¿Qué mandas?

DIANA.                            No, nada;  
   vete.

TEODORO.            Voyme.

DIANA.                            Estoy turbada.  
   ¿Hay tormento que inquiete  
   como una pasión de amor?  
   ¿No eres ido?

TEODORO.                            Ya, señora,  
   me voy.

*Vase TEODORO.*

DIANA.                            ¡Buena quedo agora!  
   ¡Maldígate Dios, honor!  
   Temeraria invención fuiste,  
   tan opuesta al propio gusto.  
   ¿Quién te inventó? Mas fue justo,  
   pues que tu freno resiste  
   tantas cosas tan mal hechas.

*Sale TEODORO.*

TEODORO.            Vuelvo a saber si hoy podré  
   partirme.

DIANA.                            Ni yo lo sé,  
   ni tú, Teodoro, sospechas

que me pesa de mirarte,  
pues que te vuelves aquí.

TEODORO. Señora, vuelvo por mí,  
que no estoy en otra parte,  
y como me he de llevar,  
vengo para que me des  
a mí mismo.

DIANA. Si después  
te has de volver a buscar,  
no me pidas que te dé.  
Pero vete, que el amor  
lucha con mi noble honor,  
y vienes tú a ser traspíe.  
Vete, Teodoro, de aquí;  
no te pidas, aunque puedas,  
que yo sé que si te quedas,  
allá me llevas a mí.

TEODORO. Quede vuestra señoría  
con Dios.

DIANA. ¡Maldita ella sea,  
pues me quita que yo sea  
de quien el alma quería!

*Váyase.*

¡Buena quedo yo, sin quien  
era luz de aquestos ojos!  
Pero sientan sus enojos;  
quien mira mal, llore bien.  
Ojos, pues os habéis puesto  
en cosa tan desigual,  
pagad el mirar tan mal,

que no soy la culpa desto;  
mas no lloren, que también  
tiempla el mal llorar los ojos,  
pero sientan sus enojos;  
quien mira mal, llore bien,  
aunque tendrán ya pensada  
la disculpa para todo;  
que el sol los pone en el lodo,  
y no se le pega nada.  
Luego bien es que no den  
en llorar. Cesad, mis ojos.  
Pero sientan sus enojos;  
quien mira mal, llore bien.

*Sale MARCELA.*

- MARCELA. Si puede la confianza  
de los años de servirte  
humildemente pedirte  
lo que justamente alcanza,  
a la mano te ha venido  
la ocasión de mi remedio,  
y poniendo tierra en medio,  
no verme si te he ofendido.
- DIANA. ¿De tu remedio, Marcela?  
¿Cuál ocasión? Que aquí estoy.
- MARCELA. Dicen que se parte hoy,  
por peligros que recela,  
Teodoro a España, y con él  
puedes casada enviarme,  
pues no verme es remediarme.
- DIANA. ¿Sabes tú qué querrá él?

## Lope de Vega

---

- MARCELA.           Pues ¿pidiérate yo a ti,  
sin tener satisfacción,  
remedio en esta ocasión?
- DIANA.               ¿Hasle hablado?
- MARCELA.                               Y él a mí,  
pidiéndome lo que digo.
- DIANA.               ¡Qué a propósito me viene  
esta desdicha!
- MARCELA.                               Ya tiene  
tratado aquesto conmigo,  
y el modo con que podemos  
ir con más comodidad.
- DIANA.               ¡Ay, necio honor!, perdonad,  
que amor quiere hacer extremos.  
Pero no será razón,  
pues que podéis remediar  
fácilmente este pesar.
- MARCELA.               ¿No tomas resolución?
- DIANA.               No podré vivir sin ti,  
Marcela, y haces agravio  
a mi amor, y aun al de Fabio,  
que sé yo que adora en ti.  
Yo te casaré con él,  
deja partir a Teodoro.
- MARCELA.               A Fabio aborrezco, adoro  
a Teodoro.
- DIANA.                               ¡Qué cruel  
ocasión de declararme!  
¡Mas teneos, loco amor!  
Fabio te estará mejor.

MARCELA. Señora.

DIANA. No hay replicarme.

*Váyase.*

MARCELA. ¿Qué intentan imposibles mis sentidos,  
contra tanto poder determinados,  
que celos poderosos declarados  
harán un desatino resistidos?  
Volved, volved atrás, pasos perdidos,  
que corréis a mi fin precipitados;  
árboles son amores desdichados,  
a quien el hielo marchitó floridos.  
Alegraron el alma las colores  
que el tirano poder cubrió de luto;  
que hiela ajeno amor muchos amores.  
Y cuando de esperar daba tributo,  
¿qué importa la hermosura de las flores,  
si se perdieron esperando el fruto?

*Sale el conde LUDOVICO viejo, y CAMILO.*

CAMILO. Para tener sucesión,  
no te queda otro remedio.

LUDOVICO. Hay muchos años en medio  
que mis enemigos son,  
y aunque tiene esa disculpa  
el casarse en la vejez,  
quiere el temor ser juez,  
y ha de averiguar la culpa.  
Y podría suceder  
que sucesión no alcanzase,  
y casado me quedase;

y en un viejo una mujer  
es en un olmo una hiedra,  
que aunque con tan varios lazos  
la cubre de sus abrazos,  
él se seca y ella medra.  
Y tratarme casamientos  
es traerme a la memoria,  
Camilo, mi antigua historia  
y renovar mis tormentos.  
Esperando cada día  
con engaños a Teodoro,  
veinte años ha que le lloro.

*Sale un paje.*

PAJE.                   Aquí a vuestra señoría  
busca un griego mercader.

*Sale TRISTÁN vestido de armenio con un turbante  
graciosamente, y FURIO con otro.*

LUDOVICO.          Di que entre.

TRISTÁN.                   Dadme esas manos,  
y los cielos soberanos  
con su divino poder  
os den el mayor consuelo  
que esperáis.

LUDOVICO.                Bien seáis venido,  
mas ¿qué causa os ha traído  
por este remoto suelo?

TRISTÁN.                De Constantinopla vine  
a Chipre, y della a Venecia

con una nave cargada  
de ricas telas de Persia.  
Acordéme de una historia  
que algunos pasos me cuesta;  
y con deseos de ver  
a Nápoles, ciudad bella,  
mientras allá mis criados  
van despachando las telas,  
vine como veis aquí,  
donde mis ojos confiesan  
su grandeza y hermosura.

LUDOVICO. Tiene hermosura y grandeza  
Nápoles.

TRISTÁN. Así es verdad.  
Mi padre, señor, en Grecia  
fue mercader, y en su trato  
el de más ganancia era  
comprar y vender esclavos,  
y así, en la feria de Azteclias,  
compró un niño, el más hermoso  
que vio la naturaleza,  
por testigo del poder  
que le dio el cielo en la tierra.  
Vendíanle algunos turcos,  
entre otra gente bien puesta,  
a una galera de Malta  
que las de un bajá turquescas  
prendió en la Chafalonia.

LUDOVICO. Camilo, el alma me altera.

TRISTÁN. Aficionado al rapaz,  
compróle y llevóle a Armenia,  
donde se crió conmigo  
y una hermana.

- LUDOVICO. Amigo, espera,  
espera, que me traspasas  
las entrañas.
- TRISTÁN. ¡Qué bien entra!
- LUDOVICO. ¿Dijo cómo se llamaba?
- TRISTÁN. Teodoro.
- LUDOVICO. ¡Ay cielo! ¡Qué fuerza  
tiene la verdad! De oírte  
lágrimas mis canas riegan.
- TRISTÁN. Serpalitonia, mi hermana,  
y este mozo (¡nunca fuera  
tan bello!) con la ocasión  
de la crianza, que engendra  
al amor que todos saben,  
se amaron desde la tierna  
edad; y a deciséis años,  
de mi padre, en cierta ausencia,  
ejecutaron su amor,  
y creció de suerte en ella  
que se le echaba de ver,  
con cuyo temor se ausenta  
Teodoro, y para parir  
a Serpalitonia deja.  
Catiborratos, mi padre,  
no sintió tanto la ofensa  
como el dejarle Teodoro.  
Murió en efeto de pena,  
y bautizamos su hijo  
(que aquella parte de Armenia  
tiene vuestra misma ley,  
aunque es diferente iglesia);  
llamamos al bello niño





no diese alguna sospecha.  
Díjete: «Si yo he sabido  
que eres hijo en esta tierra  
de un título, ¿por qué tienes  
la esclavitud por bajeza?»  
Hizo gran burla de mí,  
y yo, por ver si concuerda  
tu historia con la que digo,  
vine a verte y a que tengas,  
si es verdad que éste es tu hijo,  
con tu nieto alguna cuenta,  
o permitas que mi hermana  
con él a Nápoles venga,  
no para tratar casarse,  
aunque le sobra nobleza,  
mas porque Terimaconio  
tan ilustre abuelo vea.

LUDOVICO. Dame mil veces tus brazos;  
que el alma con sus potencias  
que es verdadera tu historia  
en su regocijo muestran.  
¡Ay, hijo del alma mía,  
tras tantos años de ausencia  
hallado para mi bien!  
Camilo, ¿qué me aconsejas?  
¿Iré a verle y conocerle?

CAMILO. ¿Eso dudas? Parte, vuela,  
y añade vida en sus brazos  
a los años de tus penas.

LUDOVICO. Amigo, si quieres ir  
conmigo, será más cierta  
mi dicha; si descansar,  
aquí aguardando te queda,

y dente por tanto bien  
toda mi casa y hacienda;  
que no puedo detenerme.

TRISTÁN. Yo dejé, puesto que cerca,  
ciertos diamantes que traigo,  
y volveré cuando vuelvas.  
Vamos de aquí, Mercaponios.

FURIO. Vamos, señor.

TRISTÁN. Bien se entrecas  
el engaño.

FURIO. Muy bonis.

TRISTÁN. Andemis.

CAMILO. ¡Extraña lengua!

LUDOVICO. Vente, Camilo, tras mí.

*Váyanse el conde y CAMILO.*

TRISTÁN. ¿Trasponen?

FURIO. El viejo vuela  
sin aguardar coche o gente.

TRISTÁN. ¿Cosa que esto verdad sea,  
y que éste fuese Teodoro?

FURIO. ¿Mas si en mentira como ésta  
hubiese alguna verdad?

TRISTÁN. Estas almalafas lleva,  
que me importa desnudarme  
porque ninguno me vea  
de los que aquí me conocen.

FURIO. Desnuda presto.



Yo estoy sirviendo al mísero Teodoro,  
que ha de morir por esta mano airada,  
pero puede ofender vuestro decoro  
públicamente ensangrentar mi espada.  
Es la prudencia un celestial tesoro,  
y fue de los antiguos celebrada  
por única virtud; estén muy ciertos  
que le pueden contar entre los muertos.  
Estáse melancólico de día,  
y de noche cerrado en su aposento;  
que alguna cuidadosa fantasía  
le debe de ocupar el pensamiento;  
déjenme a mí, que una mojada fría  
pondrá silencio a su vital aliento,  
y no se precipiten desafortunada  
que yo sé cuándo le he de dar la muerte.

FEDERICO. Paréceme, marqués, que el hombre acierta.  
Ya que le sirve, ha comenzado el caso;  
no dudéis, matarále.

RICARDO. Cosa es cierta.  
Por muerto le contad.

FEDERICO. Hablemos paso.

TRISTÁN. En tanto que esta muerte se concierta,  
vusiñorías, ¿no tendrán acaso  
cincuenta escudos? Que comprar querría  
un rocín que volase el mismo día.

RICARDO. Aquí los tengo yo; tomad seguro  
de que en saliendo con aquesta empresa  
lo menos es pagaros.

TRISTÁN. Yo aventuro  
la vida, que servir buenos profesa.  
Con esto, adiós; que no me vean procurero

hablar desde el balcón de la condesa  
con vuestras señorías.

FEDERICO. Sois discreto.

TRISTÁN. Ya lo verán al tiempo del efeto.

FEDERICO. Bravo es el hombre.

RICARDO. Astuto y ingenioso.

FEDERICO. Que bien le ha de matar.

RICARDO. Notablemente.

*Sale CELIO.*

CELIO. ¿Hay caso más extraño y fabuloso?

FEDERICO. ¿Qué es esto, Celio? ¿Dónde vas? Detente.

CELIO. Un suceso notable y riguroso  
para los dos. ¿No veis aquella gente  
que entra en casa del conde Ludovico?

RICARDO. ¿Es muerto?

CELIO. Que me escuches te suplico.  
A darle van el parabién contentos  
de haber hallado un hijo que ha perdido.

RICARDO. Pues ¿qué puede ofender nuestros intentos  
que le haya esa ventura sucedido?

CELIO. ¿No importa a los secretos pensamientos  
que con Diana habéis los dos tenido,  
que sea aquel Teodoro, su criado,  
hijo del conde?

FEDERICO. El alma me has turbado.



y atrevido, pues se atreve  
tu bajeza a su valor;  
que entre el honor y el amor  
hay muchos montes de nieve.  
Vengada quedo de ti,  
aunque quedo enamorada,  
porque olvidaré vengada,  
que el amor olvida ansí.  
Si te acordares de mí,  
imagina que te olvido,  
porque me quieras; que ha sido  
siempre, porque suele hacer  
que vuelva un hombre a querer,  
pensar que es aborrecido.

TEODORO.           ¿Qué de quimeras tan locas,  
para casarte con Fabio!

MARCELA.           Tú me casas, que al agravio  
de tu desdén me provocas.

*Sale FABIO.*

FABIO.               Siendo las horas tan pocas  
que aquí Teodoro ha de estar,  
bien haces, Marcela, en dar  
ese descanso a tus ojos.

TEODORO.           No te den celos enojos  
que han de pasar tanto mar.

FABIO.               En fin, ¿te vas?

TEODORO.                               ¿No lo ves?

FABIO.               Mí señora viene a verte.





## Lope de Vega

---

TEODORO. Yo me voy, señora mía;  
yo me voy, el alma no.  
Sin ella tengo de ir,  
no hago al serviros falta,  
porque hermosura tan alta  
con almas se ha de servir.  
¿Qué me mandáis? Porque yo  
soy vuestro.

DIANA. ¡Qué triste día!

TEODORO. Yo me voy, señora mía;  
yo me voy, el alma no.

DIANA. ¿Lloras?

TEODORO. No, que me ha caído  
algo, como a ti, en los ojos.

DIANA. Deben de ser mis enojos.

TEODORO. Eso debe de haber sido.

DIANA. Mil niñerías te he dado,  
que en un baúl hallarás;  
perdona, no pude más.  
Si le abrieres, ten cuidado  
de decir, como a despojos  
de vitoria tan tirana:  
«Aquestos puso Diana  
con lágrimas en sus ojos».

ANARDA. Perdidos los dos están.

DOROTEA. ¡Qué mal se encubre el amor!

ANARDA. Quedarse fuera mejor.  
Manos y prendas se dan.

DOROTEA. Diana ha venido a ser  
el perro del hortelano.

ANARDA. Tarde le toma la mano.

DOROTEA. O coma o deje comer.

*Sale el conde LUDOVICO, y CAMILO.*

LUDOVICO. Bien puede el regocijo dar licencia,  
Diana ilustre, a un hombre de mis años  
para entrar desta suerte a visitaros.

DIANA. Señor conde, ¿qué es esto?

LUDOVICO. Pues ¿vos sola  
no sabéis lo que sabe toda Nápoles?  
Que en un instante que llegó la nueva,  
apenas me han dejado por las calles,  
ni he podido llegar a ver mi hijo.

DIANA. ¿Qué hijo? Que no te entiendo el regocijo.

LUDOVICO. ¿Nunca vuseñoría de mi historia  
ha tenido noticia, y que ha veinte años  
que enviaba un niño a Malta con su tío,  
y que le cautivaron las galeras  
de Ali Bajá?

DIANA. Sospecho que me han dicho  
ese suceso vuestro.

LUDOVICO. Pues el cielo  
me ha dado a conocer el hijo mío  
después de mil fortunas que ha pasado.

DIANA. Con justa causa, conde, me habéis dado  
tan buena nueva.

LUDOVICO. Vos, señora mía,  
me habéis de dar, en cambio de la nueva,  
el hijo mío, que sirviéndoos vive,

- bien descuidado de que soy su padre.  
¡Ay, si viviera su difunta madre!
- DIANA. ¿Vuestro hijo me sirve? ¿Es Fabio acaso?
- LUDOVICO. No, señora, no es Fabio, que es Teodoro.
- DIANA. ¡Teodoro!
- LUDOVICO. Sí, señora.
- TEODORO. ¿Cómo es esto?
- DIANA. Habla, Teodoro, si es tu padre el conde.
- LUDOVICO. Luego, ¿es aquéste?
- TEODORO. Señor conde, advierta  
vuseñoría...
- LUDOVICO. No hay que advertir, hijo,  
hijo de mis entrañas, sino sólo  
el morir en tus brazos.
- DIANA. ¡Caso extraño!
- ANARDA. ¡Ay, señora! ¡Teodoro es caballero  
tan principal y de tan alto estado!
- TEODORO. Señor, yo estoy sin alma, de turbado.  
¿Hijo soy vuestro?
- LUDOVICO. Cuando no tuviera  
tanta seguridad, el verte fuera  
de todas la mayor. ¡Qué parecido  
a cuando mozo fui!
- TEODORO. Los pies te pido,  
y te suplico...
- LUDOVICO. No me digas nada,  
que estoy fuera de mí ¡Qué gallardía!  
¡Dios te bendiga! ¡Qué real presencia!

¡Qué bien que te escribió naturaleza  
en la cara, Teodoro, la nobleza!  
Vamos de aquí; ven luego, luego toma  
posesión de mi casa y de mi hacienda;  
ven a ver esas puertas coronadas  
de las armas más nobles deste reino.

TEODORO. Señor, yo estaba de partida a España,  
y así me importa.

LUDOVICO. ¿Cómo a España? ¡Bueno!  
España son mis brazos.

DIANA. Yo os suplico,  
señor conde, dejéis aquí a Teodoro  
hasta que se reporte y en buen hábito  
vaya a reconocer como hijo;  
que no quiero que salga de mi casa  
con aqueste alboroto de la gente.

LUDOVICO. Habláis como quien sois tan cuerdamente.  
Dejarle sienta por un breve instante,  
mas porque más rumor no se levante  
me iré, rogando a vuestra señoría  
que sin mi bien no me anochezca el día.

DIANA. Palabra os doy.

LUDOVICO. Adiós, Teodoro mío.

TEODORO. Mil veces beso vuestros pies.

LUDOVICO. Camilo,  
venga la muerte agora.

CAMILO. ¡Qué gallardo  
mancebo que es Teodoro!

LUDOVICO. Pensar poco  
quiero este bien, por no volverme loco.

*Váyase el conde y lleguen todos los criados a TEODORO.*

- DOROTEA. Danos a todos las manos.
- ANARDA. Bien puedes, por gran señor.
- DOROTEA. Hacernos debes favor.
- MARCELA. Los señores que son llanos  
conquistan las voluntades.  
Los brazos nos puedes dar.
- DIANA. Apartaos, dadme lugar,  
no le digáis necesidades.  
Déme vuestra señoría  
las manos, señor Teodoro.
- TEODORO. Agora esos pies adoro,  
y sois más señora mía.
- DIANA. Salíos todos allá;  
dejadme con él un poco.
- MARCELA. ¿Qué dices, Fabio?
- FABIO. Estoy loco.
- DOROTEA. ¿Qué te parece?
- ANARDA. Que ya  
mi ama no querrá ser  
el perro del hortelano.
- DOROTEA. ¿Comerá ya?
- ANARDA. Pues ¿no es llano?
- DOROTEA. Pues reviente de comer.

*Váyanse los criados.*

- DIANA.                   ¿No te vas a España?
- TEODORO.   ¿Yo?
- DIANA.                   ¿No dice vuseñoría:  
«Yo me voy, señora mía,  
yo me voy, el alma no».
- TEODORO.               Burlas de ver los favores  
de la fortuna.
- DIANA.   Haz extremos.
- TEODORO.               Con igualdad nos tratemos,  
como suelen los señores,  
pues todos lo somos ya.
- DIANA.                   Otro me pareces.
- TEODORO.                                       Creo  
que estás con menos deseo;  
pena el ser tu igual te da.  
Quisiérasme tu criado,  
porque es costumbre de amor  
querer que sea inferior  
lo amado.
- DIANA.                                       Estás engañado,  
porque agora serás mío  
y esta noche he de casarme  
contigo.
- TEODORO.               No hay más que darme;  
fortuna, tente.
- DIANA.                                       Confío  
que no ha de haber en el mundo  
tan venturosa mujer.  
Vete a vestir.

Lope de Vega

---

TEODORO. Iré a ver  
el mayorazgo que hoy fundo,  
y este padre que me hallé  
sin saber cómo o por dónde.

DIANA. Pues adiós, mi señor conde.

TEODORO. Adiós, condesa.

DIANA. Oye.

TEODORO. ¿Qué?

DIANA. ¡Qué! Pues ¿cómo a su señora  
así responde un criado?

TEODORO. Está ya el juego trocado,  
y soy yo el señor agora.

DIANA. Sepa que no me ha de dar  
más celitos con Marcela,  
aunque este golpe le duela.

TEODORO. No nos solemos bajar  
los señores a querer  
las criadas.

DIANA. Tenga cuenta  
con lo que dice.

TEODORO. Es afrenta.

DIANA. Pues ¿quién soy yo?

TEODORO. Mi mujer.

*Váyase.*

DIANA. No hay más que desear; tente, fortuna,  
como dijo Teodoro, tente, tente.



*Salen FEDERICO y RICARDO.*

RICARDO. En tantos regocijos y alborotos,  
¿no se da parte a los amigos?

DIANA. Tanta  
cuanta vuseñorías me pidieren.

FEDERICO. De ser tan gran señor vuestro criado  
os las pedimos.

DIANA. Yo pensé, señores,  
que las pedís, con que licencia os pido  
de ser Teodoro conde y mi marido.

*Váyase la condesa.*

RICARDO. ¿Qué os parece de aquesto?

FEDERICO. Estoy sin seso.

RICARDO. ¡Oh, si le hubiera muerto este picaño!

*Sale TRISTÁN.*

FEDERICO. Veisle, aquí viene.

TRISTÁN. Todo está en su punto.  
¡Brava cosa! ¡Que pueda un lacáifero  
ingenio alborotar a toda Nápoles!

RICARDO. Tente, Tristán, o como te apellidas.

TRISTÁN. Mi nombre natural es Quita-vidas.

FEDERICO. ¡Bien se ha echado de ver!

TRISTÁN. Hecho estuviera,  
a no ser conde de hoy acá este muerto.

RICARDO. Pues ¿eso importa?

TRISTÁN. Al tiempo que el concierto  
hice por los trecientos solamente,  
era para matar, como fue llano,  
un Teodoro criado, mas no conde.  
Teodoro conde es cosa diferente,  
y es menester que el galardón se aumente,  
que más costa tendrá matar un conde  
que cuatro o seis criados que están muertos,  
unos de hambre y otros de esperanzas,  
y no pocos de envidia.

FEDERICO. ¿Cuánto quieres?  
... ¿y mátales esta noche?

TRISTÁN. Mil escudos.

RICARDO. Yo los prometo.

TRISTÁN. Alguna señal quiero.

RICARDO. Esta cadena.

TRISTÁN. Cuenten el dinero.

FEDERICO. Yo voy a prevenillo.

TRISTÁN. Yo a matalle.  
¿Oyen?

RICARDO. ¿Que quieres más?

TRISTÁN. Todo hombre calle.

*Váyanse y entre TEODORO.*

TEODORO. Desde aquí te he visto hablar  
con aquellos matadores.

- TRISTÁN. Los dos necios son mayores  
que tiene tan gran lugar.  
Esta cadena me han dado,  
mil escudos prometido  
porque hoy te mate.
- TEODORO. ¿Qué ha sido  
esto que tienes trazado?  
Que estoy temblando, Tristán.
- TRISTÁN. Si me vieras hablar griego,  
me dieras, Teodoro, luego  
más que estos locos me dan.  
¡Por vida mía, que es cosa  
fácil el grecesizar!  
Ello en fin no es más de hablar;  
mas era cosa donosa  
los nombres que les decía:  
Azteclias, Catiborratos,  
Serpelitonia, Xipatos,  
Atecas, Filimoclía;  
que esto debe de ser griego,  
como ninguno lo entiende,  
y en fin, por griego se vende.
- TEODORO. A mil pensamientos llego  
que me causan gran tristeza,  
pues si se sabe este engaño,  
no hay que esperar menos daño  
que cortarme la cabeza.
- TRISTÁN. ¿Agora sales con eso?
- TEODORO. Demonio debes de ser.
- TRISTÁN. Deja la suerte correr,  
y espera el fin del suceso.

TEODORO. La condesa viene aquí.

TRISTÁN. Yo me escondo; no me vea.

*Sale la condesa*

DIANA. ¿No eres ido a ver tu padre,  
Teodoro?

TEODORO. Una grave pena  
me detiene, y finalmente,  
vuelvo a pedirte licencia  
para proseguir mi intento  
de ir a España.

DIANA. Si Marcela  
te ha vuelto a tocar al arma,  
muy justa disculpa es ésa.

TEODORO. ¿Yo, Marcela?

DIANA. Pues ¿qué tienes?

TEODORO. No es cosa para ponerla  
desde mi boca a tu oído.

DIANA. Habla, Teodoro, aunque sea  
mil veces contra mi honor.

TEODORO. Tristán, a quien hoy pudiera  
hacer el engaño estatuas,  
la industria, versos, y Creta  
rendir laberintos, viendo  
mi amor, mi eterna tristeza,  
sabiendo que Ludovico  
perdió un hijo, esta quimera  
ha levantado conmigo,  
que soy hijo de la tierra,  
y no he conocido padre

más que mi ingenio, mis letras  
y mi pluma; el conde cree  
que lo soy, y aunque pudiera  
ser tu marido, y tener  
tanta dicha y tal grandeza,  
mi nobleza natural  
que te engañe no me deja,  
porque soy naturalmente  
hombre que verdad profesa.  
Con esto, para ir a España  
vuelvo a pedirte licencia,  
que no quiero yo engañar  
tu amor, tu sangre y tus prendas.

DIANA.

Discreto y necio has andado:  
discreto en que tu nobleza  
me has mostrado en declararte;  
necio en pensar que lo sea  
en dejarme de casar,  
pues he hallado a tu baja  
el color que yo quería,  
que el gusto no está en grandezas,  
sino en ajustarse al alma  
aquello que se desea.  
Yo me he de casar contigo,  
y porque Tristán no pueda  
decir aqueste secreto,  
hoy haré que cuando duerma,  
en ese pozo de casa  
le sepulten.

*Detrás del paño.*

TRISTÁN.

¡Guarda afuera!





